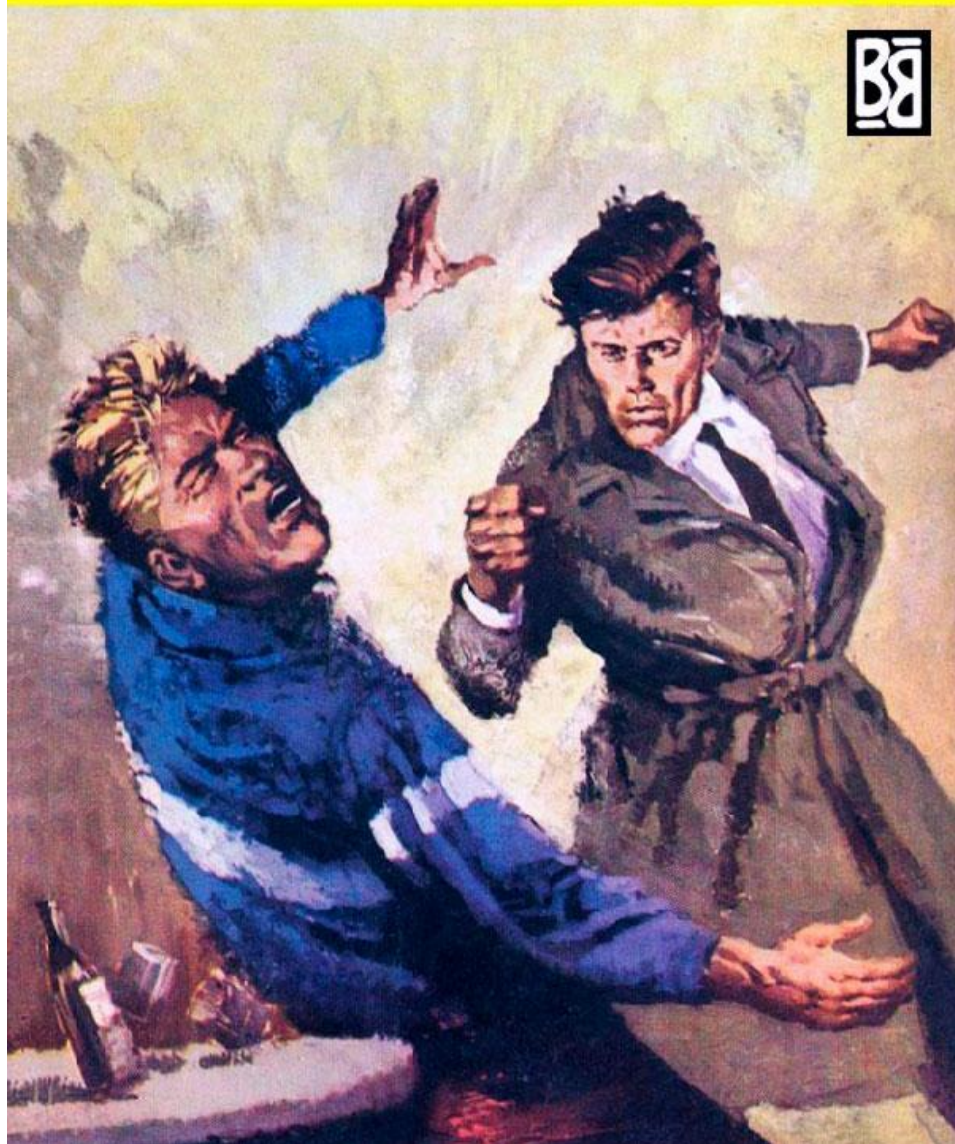


PUNTO
ROJO

de timba en tumba

peter debry

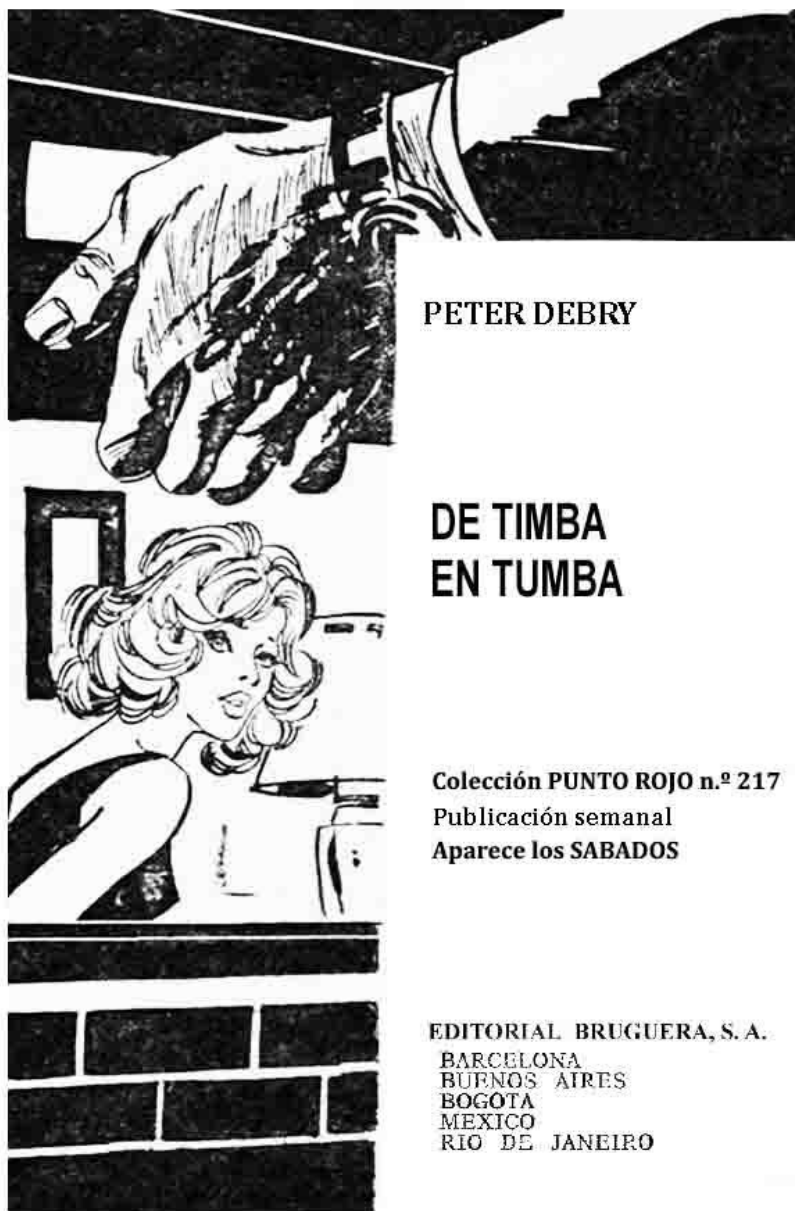


DE TIMBA EN TUMBA



DORIS WINTER

LUKE BRONSON



PETER DEBRY

DE TIMBA EN TUMBA

Colección PUNTO ROJO n.º 217

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO**



Dépósito legal: B 14.439 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio 1966

© PETER DEBRY - 1966
sobre el texto literario

© E. SEGRELLES - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2.927/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

945 — Pielés blancas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

816 — Tumbas en mi casa.

En Colección BÚFALO:

656 — Valle Diablo.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un póker llamado Muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

516 — A cada cual su muerto.

En Colección COLORADO:

412 — Honor de matón.

En Colección PUNTO ROJO:

207 — Whisky para lobos.

En Colección METRALLA:

79 — Morir cada amanecer.

En Colección SELECCIÓN SERVICIO SECRETO:

190 — Doctor Borgia.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

106 — Mi espía favorita.

En Colección ASES DEL OESTE:

364 — La guerrilla de los téjanos.

En Colección BRAVO OESTE:

240 — La sombra del desesperado.

En Colección KANSAS:

415 — Capturen al ahorcado.

CAPÍTULO PRIMERO

La pancarta metálica hacía chirriar sus engarces en torno al vástago saliente, sobre el dintel de la oscura tienda. La puerta encristalada ostentaba el mismo letrero que la pancarta:

Abraham Levinson Lapidario

El viento áspero silbaba por la estrecha callejuela del Bronx. Arremolinaba la fina llovizna en que iba destilándose el aguanieve que había empezado a caer hacia las seis de la tarde.

Abraham Levinson trabajaba también horas nocturnas. A veces, las grandes ocasiones se le presentaban a horas distintas a las habituales en las tiendas normales.

El oficio de lapidario tenía sus ventajas y sus inconvenientes en el barrio de peor fama de Nueva York.

Pero Abraham Levinson conocía múltiples recursos, y sobrevivía.

Tenía la vista cansada, pero la mente tan ágil como las manos. Trabajaba solo. Los beneficios le quedaban intactos, y además, así inspiraba confianza a los vendedores generalmente poco escrupulosos.

Los mejores, si se sabía tratarlos.

Tintineó la campanilla al abrirse la puerta encristalada. Una bocanada glacial penetró con el visitante.

No había más luz que el halo de la estufa al rojo vivo y la de la pantalla que iluminaba la mesa profesional del tallista de piedras preciosas.

Sentado tras la mesa, Abraham Levinson hizo resbalar sus gafas hacia la punta de su aguda nariz. Con una sola mano.

Estudió al visitante. Zapatos agrietados, pantalón que fue gris, abrigo deslustrado y sombrero calado, deformado por muchas intemperies.

Un rostro pecoso, achatado, duro, pero sin malignidad. Y unas manos recias desnudas de guantes y arma.

Pero Levinson siguió conservando la diestra en el bolsillo de su chaquetón de raído terciopelo que hacía juego con el redondo bonete que calentaba su calva.

—Usted es Abe, el lapidario —puntualizó el visitante.

—En efecto. ¿Qué se le ofrece?

—Quiero irme a otra ciudad. Pero los negocios se me presentaron mal. Me llamo Bronson. Luke Bronson.

—Celebro conocerle, Bronson.

—¿Usted compra cosas?

—Depende. ¿Quién le recomienda?

El pecoso sonrió. Tenía ojos azules, de brillo metálico.

—Yo mismo me recomiendo. ¿Cuánto por eso?

En la mesita había una balanza, una cajita de pesos, un tapete negro y otros objetos del oficio aparente de Levinson.

Sobre el tapete rodó un anillo. El tallista lo cogió delicadamente entre el dedo medio y el pulgar.

Lo dejó caer de nuevo sobre el tapete.

—Oro. Veinte gramos aproximadamente. Es una alianza. De las antiguas. No es tuya, Luke.

—No es mía, Abe.

—Eres sincero, Luke. ¿Cuánto quieres?

—Mucho y poco. Unos billetes para hacer carrera en Chicago.

—En una joyería legal te darían más que aquí.

—Seguro, abuelo. Pero he venido aquí.

—Tres billetes de cien.

—Necesito vestirme, meterme en el tren, y asegurarme una semana en Chicago. Pongamos quinientos.

—Tendré que fundir el oro. Tres billetes.

—No lo funda, abuelo.

—Si no hay que fundir, ¿por qué no fuiste a una joyería legal?

—Porque no tienen lo que busco. Algo que usted tiene, porque las ha comprado o ha prestado por ellas. Deme cuatrocientos y una buena automática.

—Dime de donde sacaste este anillo. Si quieres.

—Quiero. Uno igual vendí hace siete años, cuando quise trabajar en el puerto por mi cuenta. Mala cosa. Hay mucha competencia de politicastos. Total, no quería vender éste, pero deseo hacer carrera en Chicago.

—¿Alianzas de tus viejos?

—Cabal. Ellos eran buena gente. Sin ellos, tanto me da todo. Pero sin perder el buen humor. ¿Trato hecho, abuelo?

—Doscientos y la automática. No la encontrarás mejor. Una «Savage», del nueve corto, con cargador doble y sus correspondientes municiones.

—No voy a regatear, abuelo. Pero este anillo me lo guarda hasta fines de abril. Total, un mes. Vendré a pagarle el triple.

—¿Y si no vienes, Luke?

—Entonces, trace una cruz sobre mi deuda. Será una especie de oración por el alma de Luke Bronson.

El anillo desapareció del tapete. Un cajón se abrió, y sobre el tapete, dos billetes crujieron, nuevos y brillantes.

Otro cajón se deslizó. Una funda con ojal para el cinturón, contenía la plana negrura de una «Savage» de corto cañón.

La funda tenía un resalte de cuero con cargador sencillo. Levinson manipuló y en la culata quedó incrustada la mitad de un cargador doble.

—Trece balas, contando la que dejes en la recámara, Luke. Hermosa herramienta para hacer carrera en Chicago, Luke. Entre los dos cargadores, dieciocho balas.

Luke Bronson atrajo la funda, sacó la pistola, y la sopesó. El cañón enfocaba la cara del lapidario, cuya diestra seguía invisible.

—Es espléndida, abuelo.

La introdujo de nuevo en su funda. Se desabrochó el abrigo, la americana, y el broche del cinto. Hizo correr el ojal, hasta que la funda y pistola con sus dos cargadores, reposaron en su cadera izquierda.

Cerraba la americana y se disponía a hacer lo mismo con el abrigo, cuando contempló el billete de cien dólares que Levinson acababa de dejar sobre el tapete.

Junto a seis balas relucientes.

—Te lo has ganado, Luke. En el cargador doble, sólo viste las

seis balas de la parte que sobresale de la culata. Hay un palito que aprieta hacia abajo el muelle. Sácalo.

—¿Qué juego de manos se traía, abuelo?

—Hubo uno que me hizo una oferta parecida, sin regatear, como tú. Y quiso probar la pistola. Conmigo por blanco. Se quedó sin nada. Pero era un mal sujeto. Tú no. Tú no harás daño a quién no te lo hace.

—¡Ajá! Yo siempre voy de cara, abuelo. No vienen mal esos cien de suplemento.

—No es sentimentalismo. Si envías a buscar el anillo antes de fin de abril, te costará novecientos dólares recuperarlo.

—Ése fue el trato. Cojo tres con la herramienta y devolveré nueve. Creo que podré cumplir, porque voy a empezar mi carrera en grande.

—¿Tienes prisa ahora?

—Hasta las nueve no sale el tren.

—Siéntate, Luke. Podemos charlar un poco.

—Bueno. ¿Y de qué charlamos?

—Tú tendrás unos treinta años.

—Menos uno.

—No naciste aquí.

—En Chicago, pero a los veinte, vine aquí. Me vuelvo allá.

—Allá hay mucho a ganar, para los que no tienen, nubes en los ojos.

—Los tengo bien secos.

—Hay mucho a perder, también.

—Poca cosa. La piel.

—¿Vas solo?

—Con un pollino que me espera en la estación. Vino hace un par de meses de allá. Me tiene respeto, y está ya dispuesto a hacer carrera, ahora que no está solo.

—Pudiste pedir herramienta para él.

—Se la agenciaré yo, allá. Tengo lo esencial.

Y Luke Bronson se palpó la cadera izquierda.

—¿Eres zurdo, Luke?

—Me sirvo de las dos manos, si las necesito a la vez.

—Por Chicago abundan los listos y valientes, Luke.

—Mejor que mejor. Yo, de listo, no lo soy mucho, valga la

verdad. Pero, en lo tocante a echarle valor al asunto, sería un trolero si me hiciese el modesto.

—¿Y por aquí no hay ocasiones para un hombre como tú?

—Yendo por lo recto, he tenido mala suerte. O será que no me gusta trabajar. Lo seguro es que por aquí no voy a emplear esta herramienta —y volvió a palmeear su cadera.

—¿Por qué?

—Tengo a mis viejos descansando por aquí, ¿comprende? Serán tonterías, pero si me escabechan o me formo una situación, quiero que sea lejos de donde mis viejos descansan.

—Comprendo. ¿A qué negocio piensas dedicarte?

—¿Le importa tanto saberlo?

—Nada en absoluto, y nunca doy confianzas a mis clientes. Tú eres distinto, Luke.

—¿En qué, Abe?

—Si te llevan al patíbulo, que es una de las leyes fatales de los que escogen la carrera que vas a iniciar, el mismo policía que te lleve, no podrá decir que condujo a su final a un canalla, sino a una mala cabeza.

—Algo es algo. Eso puede asegurarlo. Yo no quiero saber nada de matar empleados de Banco, ni secuestrar críos o herederas. No será mi ramo, seguro que no.

—¿Protección forzosa a tenderos, y quemarles local y piel si no pagan?

—Verá... Los tenderos bien educados y decentes, tienen derecho a la vida. Tampoco será mi ramo. Da poco y pide mucha pandilla.

—¿Licor?

—Ajá. Como no dejan beber, todo el mundo rabia por emborracharse. Es como si prohibiesen masticar chicle. ¡Ale! Todo el mundo a imitar a las vacas.

—Tienes tu letrilla parda, muchacho. Eso que llaman filosofía popular.

—Son cosas que aprendí de mi viejo. El decía: «Sí le prohíbes a un niño que se ensucie la ropa, lo primero que hará será ponerse como un guarro, para ver de qué va». Y por más que crecemos, todos tenemos algo de niño muy dentro.

—Tú, sí. Por esto, cuando me enteré que te han matado o ejecutado, no diré que murió un canalla, sino un equivocado.

—Algo es algo.

—¿Crees que te bastará con este dinero para empezar? El licor va caro, y para llevarlo a la ciudad, necesitas camión, comprar el género, y esquivar los virajes donde se esconden los motoristas.

—Una mina —sonrió Bronson—. Si yo comprase el licor, el camión, los aduaneros, y toda la pesca, ya no sería yo.

—Pero tendrás que hacerlo, Luke.

—A mi modo, Abe. Venderé más barato que los demás, porque el género lo compraré con plomo.

Volvió a tocarse la cadera izquierda, poniéndose en pie.

—Comprendo, Luke. Suerte. Rezaré por ti... muy pronto.

—Amén.

Yendo hacia la puerta, Luke Bronson se detuvo. Volvióse, sonriente:

—Oiga, abuelo... Me cae usted bien. Si progreso, mándeme aviso si algún abusador le molesta.

—Lo tendré en cuenta, Luke.

La puerta al abrirse, volvió a dejar oír su tintineo.

Penetró una bocanada de aire helado.

Pese al ronroneo cálido de la estufa, el viejo Levinson se frotó las manos. Era poco propenso a sentir pena por nadie.

Y el penoso estremecimiento que experimentó al ver desaparecer la alta silueta del pecoso aspirante a *gánster*, se esforzó en no atribuirlo a un presagio de muerte, ni al presentimiento de que nunca más volvería a ver a Luke Bronson.

Prefería atenerse a una razón lógica.

Hacía mucho frío en aquella noche del veintisiete de marzo de 1928.

CAPÍTULO II

Era un barrio sórdido, de estrechas callejas húmedas, con fachadas leprosas del salitre que emanaba de la serie de canales formando una extensa cuadrícula.

Aquellos canales del río Hudson eran bordeados por numerosos tugurios para marineros. Los estibadores portuarios conocían secretos que la propia policía ignoraba.

Luke Bronson sabía, por ejemplo, que en el «Gitan Cave», su famosa dueña, Gipsy, recibía directamente de Chicago remesas de *whisky*. Ella tenía sus propios repartidores.

También sabía Bronson que los que intentaban sonsacar a Gipsy quién era su proveedor, solían desaparecer. Por lo general, reaparecían, pero flotando en algún canal.

En la penumbra de una esquina del «Gitan Cave», Luke Bronson aguardaba pacientemente. Le era necesario, antes de emprender el viaje a Chicago, tener una pista.

Saber la identidad de algún distribuidor de *whisky* de Chicago. O por lo menos, la dirección de algún local donde informarse lo más pronto posible.

Suspiró pensando que para averiguar algo tan sencillo, le era obligatorio jugarse la piel. Aquella misma noche.

Contemplaba a los únicos ocupantes de la trastienda del «Gitan Cave», donde sólo tenían admisión los selectos, los de confianza.

Oía la voz cálida, de contralto, que tenía breves estridencias inesperadas. En el blanco enfermizo del semblante de Gipsy, la roja herida de la boca tenía una flexibilidad carnosa que resaltaba más en la tersura de la piel.

La otra pareja jugaba con escasos comentarios. Pero Gipsy salpicaba con observaciones especiales, muy a su estilo, la partida

de póker.

A su lado, un marinero canadiense, prefería asirse al gollete de la botella, dejando que, cartas en mano, defendiese Gipsy sus fondos.

—Paso —declaró la otra chica.

Su acompañante empujó sobre la mesa dos billetes de diez dólares. Invitó:

—Atrévete, Gipsy.

—Llevo muchos años atreviéndome a todo, pelícano. ¿Qué son tus diez pavos, comparados con estas cincuenta de mi bravo pingüino?

El canadiense asintió solemnemente, complacido. Sabía que Gipsy era muy honrada en el juego. Por eso muchos le confiaban la defensa de su dinero, en supersticiosa espera de triplicarlo.

Ella jugaba por amor al riesgo, y sufría como si el dinero arriesgado fuera de su propiedad.

—Acepto los cincuenta. Dame dos cartas, Gipsy.

—Ahí van. Tu pelicana tiene un trío anémico, Susan. Y si le dejo limpio, cosa que es un decir, luego no protestes, Susan.

—Mira que eres fanfarrona, recorcho —se lamentó Susan, nerviosamente.

—Porque puedo. Me conformo con una sola carta yo, ¿verdad, pingüino? Nos conformamos con una sola, bien buena.

—Nos conformamos con una, bien buena —repitió el canadiense.

Adherida la mejilla al hombro de su amigo, Susan sentía repicar su corazón. Había ciento veinte dólares en juego. Cerró los párpados, cuando el suave empujón del pulgar de su amigo, descubrió la cuarta sota.

Gipsy no miró la quinta carta que había colocado sobre el paquetito de las cuatro restantes. Dijo con aplomo:

—Ésta es mi gran noche, mi noche de suerte. Viernes y veintisiete. El pelícano está mirando con glotonería el resto de sus billetes. Los va a perder, pero los jugará. Impídeselo, Susan.

—El es mayorcito, y sabe lo que se hace, recorcho.

—Una pena... —sonrió Gipsy cruelmente—. ¿Por qué creéis que pedí una sola carta? Para despistar. Porque tengo ya el póker servido, y el pelícano no se lo cree. Piensa que es un farol.

—Tú enciendes muchos faroles, y apagas pocos, Gipsy —rió el apostante, que cerró el abanico de sus cuatro sotas—. Me sabe mal dejar a tu pingüino más seco que un bacalao, pero echo mi resto. Yo sí que tengo un gran póker. Pero si lo quieres ver, guapa, echa el resto tuyo.

—Son ochenta pavos, Gipsy —sonrió Susan muy nerviosa.

—Una miseria, ¿verdad, pingüino? Luego te enfadarás, Susan. Porque no sabes perder. Tú me desafiaste, pelícano, y a mí nadie me puede. Vamos. Enseña tu birria.

—Póker de sotas.

—Una birria, ya lo dije. Vete recogiendo la cosecha, pingüino. Recoge tus ojos que se van a caer al suelo, Susan.

La pareja miraba hostilmente las cinco cartas que iba extendiendo Gipsy. Cuatro reyes y una reina.

El canadiense rió infantilmente. Había tenido pupila al dejar jugar a Gipsy. Recogió las tres cuartas partes de las ganancias, y al levantarse se tambaleó un poco.

—Eres única, Gipsy.

—Lo sabemos. Vete a dormir, pingüino —y cuando ya el marinero estaba fuera, agregó Gipsy severamente—: Dejadle tranquilo. No estéis pensando en desplumarle. Tendría que sacudirte y duro, Susan. Hale, despejad, fuera los dos.

Siguió Luke Bronson en su esquina. Gipsy fingía no verle. Moldeada en jersey blanco, trenzados en la nuca los negríssimos cabellos, alisé ella su negra falda de raso brillante.

Barajó las cartas y empezó un solitario. No miró al que se sentaba frente a ella. Si lo hacía, era porque tenía derecho.

—Eres de lo que no hay, Luke. Vienes y vas. Yo no soy una muñeca de serrín con la que puedas jugar.

—También es verdad —reconoció Bronson calmosamente.

—Esto es lo exasperante en ti, Luke. Conmigo podrías hacerte rico.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Luego hablamos... ¿Qué te trae esta noche?

—Verte y oírte.

—¿Quieres cenar?

—Ya cené. Háblame de cómo puedo hacerme rico, Gipsy.

—Todo a su tiempo, tiburón. Podemos ir a bailar. ¿Tienes el

cuerpo bailarín esta noche, Luke?

—Podemos comprobarlo.

—Siempre he tenido debilidad por los bárbaros tranquilos como tú, Luke. Eres como eres, y soy como soy. Me arreglo un poco, y nos vamos.

El lúgubre chasquido de un cuerpo humano hendiendo las aguas turbias, hizo gritar agudamente a la mujer que del brazo de su acompañante, regresaba a su casa.

El silbato de un guarda nocturno de almacén portuario, hizo acudir la lancha rápida de patrulla.

La pareja que atestiguaba haber visto a un hombre resbalar al borde del muelle, después de describir varias «eses», señalaba un punto de la tenebrosa corriente.

El guarda nocturno añadió su propio testimonio. Fueron avisadas las dragadoras que tendieron sus redes de arrastre.

A la medianoche, la Brigada Fluvial sacaba un cuerpo chorreando, identificándolo como el cadáver de un tal Luke Bronson, sin domicilio conocido.

Varias barcazas desguazadas que esperaban ser convertidas en chatarra, servían de domicilio provisional a vagabundos y obreros portuarios en paro forzoso.

En la cabina de una de las barcazas, envuelto en una manta, Luke Bronson sorbía su segundo *grogg*. La mezcla de ron, limón y agua caliente le iba confortando.

Tendido sobre sacos, su compañero Rod Corbet, soñoliento, repitió:

Debió ser un asqueroso remojón.

—Me lo podía haber evitado, pero quise ver hasta dónde llegaban las cosas. Ya ves... Para que se fíe luego uno de las mujeres.

—Es lo que digo yo siempre, jefe. Si usted quiere, me explica algo, porque no entiendo ni papa.

—Bueno, la cosa empezó así. Me fui a invitar a Gipsy a lo que fuese, con la intención de que ella bebiese a fondo, y yo pudiera llevar la charla hacia lo que me interesaba.

—¿Y qué era lo que le interesaba, jefe?

—Te expliqué que no podemos ir por Chicago preguntando algo

tan del género idiota como: «Oiga, ¿dónde vive uno de los que trae y vende licor...?».

—Claro, nos tomarían por polizontes o chivatos. Tengo oídos que hasta por aquí, aquel que va preguntando sobre dónde se surten del licor las timbas, pues acaba flotando por el agua... ¡Oiga, jefe! Entonces... Gipsy se creyó que usted...

—Eso es. Estaba conmigo muy mimosa, hasta que empecé a preguntar quién surtía el *whisky* desde Chicago. Me di cuenta que ella cambiaba mucho. Hasta entonces había estado tierna a su modo, sabrosa y besucona. Se puso de pronto muy tiesa.

Rod Corbet rió jubiloso. Le gustaban las narraciones con chico y chica, sobre todo cuando había misterio.

—Pretendió ella empaparme. Yo, de cada cinco tragos, echaba cuatro por fuera del buche. Y como no me costaba nada hacerme el borracho, persistí con pesadez de curda. Y ahora viene lo bueno...

Estornudó fuertemente Bronson, y diagnosticó Corbet:

—Ya se va despejando. Usted no pilla el catarro. No hay nada mejor que el ron caliente a tiempo. ¿Y qué pasó luego?

—Gipsy me dijo que podíamos beber de lo bueno en el «Charlie's».

Yo me apoyaba en sus hombros y así entré en el garito. Yo había empapado de alcohol el forro de mis solapas. Ella me creía ya curda. Fue a colgarse del teléfono. Llamaba a Susan y a Eric Brisson.

Empezó Bronson a revestir sus ropas ya secas colgando sobre la estufa al rojo vivo.

—¿Y esta pareja quién era, jefe?

—La de enamorados, paseando al claro de luna que luego servirían de testigos... No me interrumpas, pollino. O me pierdo en el lío.

—Sí, porque vaya lío, ¿eh?

—Salimos Gipsy y yo. Me decía ella que me convenía refrescarme. Y tanto. Me llevó al borde del agua, y ¡zas, toma empujón! La verdad sea dicha, me cogió algo desprevenido.

—Vaya gamberrada —afirmó Corbet indignado—. Supongamos que usted no supiera nadar, ¿eh?

—Esto me había ya preguntado Gipsy. Dije que según y cómo. Ella calculó que un borracho tiene un corte de digestión espantoso. El caso es que dentro del agua, aparte del berrinche y el frío,

calculé que me convenía pasar por muerto.

—Sopla... ¿Para qué, jefe?

—Luego te explicaré. Susan y el canadiense Eric atestiguaron que yo, Luke Bronson, borracho como una cuba, me caí al agua. Fui nadando a oscuras, hasta salir entre dos postes, y me subí a unos tableros. Vi cómo las dragadoras andaban rebuscando.

—Debió ser un trago de los emocionantes.

—Lo fue cuando vi un fiambre flotando que la resaca me estaba echando casi encima. Un pobre diablo que sí debió resbalarse. Tuve la gran idea. Lo pesqué.

—Anda... ¿Y para qué si el pobre estaba ya fiambre?

Luke Bronson se aplicó un seco golpe de nudillos en la frente:

—¿Para qué te crees que me sirve esto que tengo debajo del flequillo? Me convenía que me creyesen amojamado. La licencia de estibador que no se mojó, metida en funda de mica, se la deslicé en el bolsillo con cierre de cremallera del pobre diablo, y ¡hale!, le di un empujoncito y lo dejé largarse a la deriva.

—Voy viendo, voy viendo. El ahogado... Bueno, no comprendo todavía nada.

—Lo pescaron los de la Fluvial. Y hacen lo de siempre, cuando pescan un remojado. Buscan si tiene papeles. Y en la tablilla de la Portuaria colocan el papel donde dice que a la hora tal del día cual, un sujeto que se llama así, fue extraído ahogado, y que aquellos que le conozcan y tal, pueden venir a identificarle...

—Y claro, nadie va.

—Para evitarse molestias. Pero así Susan y Eric leen el anuncio, y se van satisfechos a comunicarlo a Gipsy. Todos tan contentos. Y yo ya sé que piso en firme.

—¿Sí? Ya sabe usted que soy muy bruto. O sea que si no me aclara las cosas un poco más, sigo en el Limbo.

—Si interrogas a alguien en seco, te engaña. Pero tú habrás oído hablar de los interrogatorios hábiles.

—Sí. Trancazo y piñazo al canto, y cantan.

—Bueno, eso es parte del asunto. Pero importa mucho eso que llaman el factor sicológico. Te lo aclaro rápido. Estás durmiendo. Has matado o ayudado a matar a alguien. Y de pronto, ese alguien muerto, viene a sacudirte.

—¡Ostras! La impresión debe ser de órdago.

—Éste es el factor psicológico del interrogatorio hábil.

CAPÍTULO III

En el hotel Montreal donde solían alojarse los marinos canadienses, Eric Brisson, a medio vestir, dormía amodorrado, abrazando estrechamente la almohada.

Su largo cabello apanochado fue el asidero por el cual le despertó Luke Bronson.

Un sistema efectivo, pero el canadiense encontró algo molesto aquel procedimiento. Sobre todo, cuando en su cabeza trinaban bandadas de pájaros alcohólicos, y las raíces de sus cabellos se le antojaban ahora haberse convertido en cerdas de puerco espín.

Extendió los largos brazos con el propósito de alejar rudamente al poco amable despertador inoportuno.

Se dobló hacia delante al recibir en el estómago un codazo.

Aquello le pareció que sobrepasaba la medida de lo tolerable.

Saltó en pie, gesticulando como un molino desencadenado y de aspas desquiciadas. Después de una buena borrachera, no había nada mejor que una buena pelea, opinaba Brisson.

Pero no estaba en muy buenas condiciones a aquellas horas tan intempestivas. O tal vez su desconocido antagonista, dominaba el arte de sacar el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo.

Quedó arrodillado al recibir sobre la nuca un doble puñetazo, dado por recias manos entrelazadas.

Se puso casi enseguida en pie, contra su voluntad, al recibir un rodillazo debajo de las mandíbulas.

Se ladeó en perfecto sincronismo de balanceo marino, mientras en sus flancos repiqueteaban una serie de cortos ganchos, técnicamente inmejorables.

El canadiense conocía las reglas. Alzó el brazo derecho, admitiendo que estaba lo suficientemente despejado y cuerdo para

reconocerse vencido por «K. O.» técnico.

Tambaleándose fue al lavabo sumergiendo la cabeza bajo el chorro. Se sacudió como un enorme perro de lanas.

Y al volverse, reconoció al vencedor.

Abriendo mucho la boca, prefirió sentarse. Los esfuerzos cerebrales le fatigaban mucho.

—Primer asalto a mi favor, pingüino —declaró Bronson—. Tú fuiste el que declaró que yo era un borracho que resbalé. Vaya resbalón, chico.

—Pero... vamos a ver... Tú... Eso es. Aquí hay algo que falla. Eso es.

—No me digas que yo tendría que estar muerto, porque eso ya me lo sé. Dime lo otro. Anda, pingüino, díselo ya a tu amiguete. Díselo al cariñoso Luke, pingüino.

La suela del zapato empujó por el pecho al canadiense, que cayó hacia atrás con la silla.

Le pareció que la silla era un excelente argumento defensivo contra lo incomprensible.

Alzándola, la iba ya a abatir, cuando estimó injusto y desleal, que el supuesto muerto, no le plantase cara.

Se encontró asido de codos y a la vez una rodilla se le hincaba con bestial contundencia en los riñones.

Pensó con rabiosa admiración que aquel endemoniado pecoso, se las sabía todas. Soltó la silla inservible, para desasirse con una llave Nelson invertida.

Echó atrás los brazos para rodear el cuello enemigo, y consiguió a medias su propósito, porque se encontró libre de la opresión molesta en su espina dorsal.

Pero una mano muy áspera, le estaba refregando la cara en forma especial. Dos dedos en pinza le apretaban la nariz, removiéndola.

Y otra mano cerrada, le iba repicando las costillas en una granizada que quitaba el hipo y el resuello. Una serie rematada con un seco puñetazo exactamente en el punto más sensible del estómago, allá donde no encajaba.

Esta vez fue de nuevo al lavabo, pero ayudado caritativamente. Quedó colgando del recipiente mientras en su cogote restallaba el grato chorro de agua.

Volvió a sacudirse. Y alzó el brazo derecho, anunciando:

—Abandono.

—El pingüino abandona en el segundo asalto. Por lo tanto, está dispuesto a dejar por unos momentos de ser una bestia testaruda. Primera pregunta: ¿dónde tiene su cuadra la zorra llamada Susan?

—En el «Tres Grumetes».

—¿Cómo es que estabas tú cerca del sitio donde Gipsy me atizó el traidor empujón que me zambulló?

—Susan estaba jugando al póker conmigo para recuperar sus fondos, cuando la llamaron por teléfono.

—¿Quién?

—Gipsy.

—¿Qué quería?

—Que Susan y yo fuéramos allí cerca, y después que ella berrease pidiendo auxilio. Que fue lo que hizo Susan: Chillar.

—¿Cómo es que Gipsy y Susan tienen tanta confianza en ti?

—Hombre, verás... Hay cosas que son privadas.

—Bien, como quieras. Ya que insistes tanto, voy a privarte a ti otra vez del sentido común. Lo malo, es que si me paso de rosca, ¿eh?... Te recogen con un capazo. Vete poniéndoles numeritos a tus huesos, para que los puedan encajar sin error.

—Hombre, no hay que ponerse así, tampoco. Resulta que, a veces, yo les traigo algún paquetito de heroína a Gipsy.

—Ya. ¿Y a Susan?

—También. Poca cosa.

—¿Gipsy es tu jefa?

—No, no tengo jefa. Ella me da dinero y yo compro droga por Quebec o donde se pueda. Se la traigo, y ya está.

—Comprendido. ¿Aquello qué es?

Y señaló Bronson el teléfono. El canadiense dijo:

—Lo que ves. Un teléfono.

—Exacto. ¿Y sabes qué pasará si lo empleas para llamar a Susan o a Gipsy?

—Pues no.

—Pues te lo aclaro. Llámalas. Y me chivo. Les digo a los de la Portuaria que te dedicas a traer porquerías. Te encasquetan catorce años de chirona.

—Hombre, eso sería una guarrada.

—Nos la evitamos, si te dedicas a roncar y me dejas charlar con las dos bribonas. ¿Trato hecho?

—¡Hombre, palabra de honor! Mejor dicho, puedes estar seguro que yo mudo como una tumba. Por la cuenta que me tiene.

—Abur, pingüino.

Susan Dingle, cuando tenía más de veinte dólares en el bolso, dormía a solas, voluptuosamente entregada al deleite del sueño tranquilo.

Se incorporó sobresaltada, al encenderse la pantalla de su mesita de noche, en el cuarto de los altillos del «Tres Grumetes».

Parpadeó incesantemente y susurró en voz muy trémula:

—Es una mala pesadilla.

—Pellízcate a ver si estás dormida, marmota.

Y Luke Bronson pellizcó el hombro de la cabaretera, a la vez que le aplicaba la almohada sobre la boca para ahogar el chillido.

—Soy yo, guapa. El cariñoso Luke. ¿Dónde quieres el primer tortazo? Te doy a escoger. No chilles... Respira a fondo. Eso es. Y cierra la boca, o me dará mucha pena romperte el hociquito. Es muy triste que seas tan ingrata, mujer.

—Yo, palabra, yo...

—Varias veces te salvé de que te rompiesen esta cara de ratita linda, y como recompensa... ¡Es un asco!

—¡Luke, por favor, no me asustes así! —exhaló ella, alélada.

—Tú no tienes secretos para mí, ¿verdad que no, marmota?

—No, no. Lo que quieras, Luke, lo que digas.

—Eres tú la que has de decir.

—Fue ella, fue Gipsy...

—Eso ya me lo sé, puesto que estaba al lado de ella. ¿Qué más?

—Ella quiso que con Eric sirviese de testigo, diciendo que estabas borracho y que no te conocíamos, pero que resbalaste.

—Esto es mentir, rata. Dijiste que resbalé, pero estabas bien presente, y sabes que Gipsy me empujó.

—Yo no te hice nada, Luke. Siempre te he apreciado mucho.

—Se nota.

—Es que si Gipsy había decidido quitarte de en medio, ¿qué iba yo a hacer? ¡No me pegues, Luke!

—Baja los codos, ratita. Tienes razón. Es con Gipsy con quien debo ajustar cuentas. Pero cuando ella vaya a cantar, si te pillan a

ti, cargarás con toda la culpa. Ella dirá que tú eras la jefa.

—¡Vaya trola más indecente!

—Fue el propio canadiense Eric el que acaba de revelarme que tú diriges un reparto de droga.

—¡Valiente granuja! Yo sólo cogía lo que me daba Gipsy. Lo repartía, a diez pavos por gramo, y me tocaban solamente dos por el riesgo. Pero ¿por qué te interesa todo esto, Luke?

—¿Por qué crees que me echó Gipsy al agua?

—Porque empezaste a preguntar cosas, supongo.

—Sobre lo que me interesa saber, que no es vuestra puerca droga. Escucha, Susan, te vas a hundir si no hablas claro.

—Es que si hablo, luego Gipsy me... liquidará.

—Te dejo salir por pies. Tienes suerte. Porque si antes envidiabas a Gipsy, ahora casi sentirás pena por ella. A mí solamente me interesa saber algo poco importante. Y tú me lo dirás.

—Lo que sea, Luke, pero tengo que mandarme a mudar lejos.

—Vístete, y si encuentras el hoyo donde meterte, no irás a pelar patatas con Gipsy. Yo soy el bueno y cariñoso Luke.

Ella, al saltar de la cama, casi consideró una afectuosa caricia el puntapié que recibió en su parte más carnosa.

Empezó a vestirse apresuradamente. Especificó Bronson:

—No olvides que si ella se entera que la delataste, te darán un remojón en el río, pero asegurándose que no puedas nadar.

—Me iré muy lejos, muy lejos.

—Prueba suerte por Nueva Guinea. Les gustarás a los negros caníbales, así de mantecosa y blanca que eres.

Quiso ella bromear:

—Ojalá fueses negro y algo caníbal, Luke.

—Estoy negro que no es lo mismo. Vayamos al asunto que me trae que no es lo que me propones. ¿Quién es el tipo que desde Chicago le remite licor a Gipsy?

—Que me registren, de verdad, que no lo sé.

—Pero tendrás alguna cosa oída. Suéltala ahora, antes que me enfade.

—Déjame pensar...

—Piensa. Y cuidado, mucho cuidado.

—Bueno, no sé si sirve, pero oí decir una vez, no hace mucho, a Gipsy, que dos chicas que iban a un bar de Chicago llamado

«Lewis»... Una de ellas era amiga de un conocido contrabandista.

—¿Se llamaba?

—Algo así como Marta, o Carol... ¡Clara! Eso es.

—Ella, la amiguita del licorero. Pero ¿y él?

—Eso sí que no lo sé. ¿Puedo irme ya?

—Andando. No debiste dejar que me matasen así como así, ratita. Me habías jurado eterna gratitud.

El segundo puntapié lo pudo ella esquivar. Bajó las escaleras con gran ligereza.

Gipsy Kendal empezaba a dormir muy tarde. Le gustaba ver palidecer la noche desde la ventana de su alcoba, agradablemente entibiada por el fuego de leños chisporroteando en el gran hogar.

¿Quién podía llamar a las seis de la madrugada? El timbre seguía repicando con insistencia.

Tenía ella métodos sencillos para despedir a pelmazos. Acudió a abrir.

No hacía juego con sus chinelas rosas y su batín azul celeste, el atizafuegos que llevaba en la mano.

Se quedó erguida en el dintel. Mirando lentamente en torno, con suave giro del cuello.

No había nadie en todo el rellano. Pero el timbre seguía sonando.

Retiró el palillo insertado entre el botón y el engarce. Cesó el exasperante y monótono zumbido.

Veía en los inicios de la escalera la sombra del hombre inclinado. Gipsy Kendal desconocía el miedo. La tenue luz del rellano no la impresionaba. Avanzó pisando cautelosamente. Cuando distaba un paso del primer peldaño, adelantó anhelosamente el brazo, bajando con fuerza el atizador.

Respiró anhelosamente a efectos de la sorpresa. El atizador había azotado algo blando, algo sin vida, que se derrumbaba flojamente.

Un abrigo deslustrado que hasta entonces colgaba de un resalte externo de la caja del ascensor.

Permaneció ella unos instantes tratando de recordar, tratando de identificar aquel viejo abrigo.

Sí, era el que había llevado encima hasta el último instante de su existencia el estibador de puerto Luke Bronson.

Gipsy Kendal regresó a su piso, muy pensativa. Echó el doble pestillo. Podía tratarse de una broma pesada. A veces los policías intentaban trucos raros, para que una persona fácil de impresionar, se delatase.

Ella no tenía nada de impresionable. Paseó un poco por la sala recibidor, mesándose a instantes la espléndida mata negra de su suelta cabellera.

Decidió que no valía la pena preocuparse por un muerto. Eran los vivos los peligrosos. Podía tratarse de un inicio de chantaje por parte de la necia de Susan.

Entró en su alcoba, quitándose la bata. Permaneció unos instantes como paralizada.

Un nerviosismo creciente la estremecía. Fue retrocediendo lentamente hacia el recibidor. Poseía un estuche de perfumado sándalo, en cuyo interior había una filigrana de estilete de corta hoja.

Muy menudo, tenía una funda con ventosa que podía adherirse en cualquier sitio liso. Eligió la cara interna del muslo como lugar más seguro.

Cada vez estaba más convencida de que había alguien escondido en su piso. Alguien que se refocilaba como una fiera acechando. Alguien que dejó fuera el abrigo como señuelo, para colarse...

Alguien que, oculto en su alcoba, no se cuidaba de contener la respiración, sino que por el contrario ahora la emitía en susurro silbante. Volvió ella a entrar en la alcoba, revestida flojamente la bata.

—Hola, Gipsy. No era preciso que volviesses a envolverte en la bata. Sin cumplidos conmigo, Gipsy. Soy el bueno y cariñoso Luke, mi vida.

Gipsy Kendal encendió nerviosamente un cigarrillo. Sólo movió la mano y los labios. Parecía convertida en muñeca de porcelana.

Luke Bronson se retrepó más en el sillón. Sus ojos rebosaban hostilidad. Adelantaba los labios, porque silbaba la melodía favorita de Gipsy:

«Mi piel es la bella adelfa, flor del mal.

»Mis labios destilan la sangre de mis novios muertos.

»Yo soy así, amigos. Hija de la Medusa y de la galerna».

Gipsy Kendal fumaba anhelosamente, hasta que pudo reclinarse contra el dintel. Exigió con estridencia en la voz:

—¡Habla ya!

Luke Bronson siguió silbando melodiosamente. Conocía ella el estribillo final de un chabacano muy propio para marineros:

«Si este dulce vaivén que es mi cariño,
acaba por matarte, mi vida,
también acabará con tu tormento».

—Habla, Luke. Dime lo que te has propuesto.

—Verte así, me desepita. Tienes la misma expresión que la rata de cloaca cuando ve acercarse la escoba del barrendero.

—Yo no creo en fantasmas.

—Yo tampoco. Y mientras sigas a esta distancia, no hay peligro para ti. Puedes decir lo que quieras.

—Tú buscabas saber algo. Pensé que habías aceptado ser confidente de la policía.

—No lo era, cuando bailábamos. Lo empecé a desear, cuando bailé dentro del agua. Estaba muy fría y tuve que nadar. Gracias a que sé nadar. Tus encantos me han curado el catarro. Ya no estornudo.

—¿Cuánto te pagará la policía?

—Todavía no les he vendido lo que sé.

—¿Y qué sabes tú?

—Que si sigues así de desafiante, y pese al cuchillo que te abulta en lugar poco apto, te voy a deslomar. Sin cumplidos. Yo también soy como soy, Gipsy. Nunca le he pegado a ninguna mujer decente. Y tengo unas ganas locas de revolverte con la punta del pie.

—Procura ser imparcial, Luke. Me dijiste una vez que lo más despreciable era un soplón.

—Lo era y lo es. Me dijiste una vez que tú y yo éramos como hermanos en la gran fraternidad de la miseria.

—Pero quisiste sonsacarme.

—No para soplar a nadie. Para mi propio uso solamente. Y te pusiste tonta. Podías haberme dicho: «Mira, tiburón, no me compliques la existencia, y si quieres enterarte de algo, pregunta al guardia de la esquina». Pero me diste un empujoncito asqueroso, Gipsy.

Sonrió ella, relucientes los verdes ojos. Si el visitante no la había ya matado, había esperanzas... Agregó Bronson:

—Casi te lo perdonaría. Si no hubieras hecho algo imperdonable, antes. Besarme largo, muy largo, para marearme. Eso es maldad, pura maldad. Y voy a mandarte a presidio, no por tus muchos pecados, sino por haberme mentido al jurarme fraternidad, y al empujarme con aquel sucio beso.

—Los dos reconocemos nuestro error, Luke. No quiero verte así conmigo, tiburón.

Se acercó sinuosa. Señaló Bronson la cama. Dócilmente fue ella a sentarse.

—Fallé contigo esta noche, Luke.

—Claro, sé nadar.

—Me refiero a que debí hablarte como me has dicho. Dame una esperanza.

—Puede estudiarse. Ni me conoces ni te conozco. Nunca me menciones, y no te mencionaré. Complícame la existencia, y la policía recibirá una declaración completa de tus tráficos de droga, firmada por Susan. Ya sé que ella no sabe firmar. Pero sus yemas en tinta, son algo formidable.

—Me tienes en tu poder, Luke —sonrió ella incitante—. No lo olvides nunca.

—¿Dónde vas? —preguntó ella asombrada.

—Fuera. A respirar aire sano. No te muevas. Te podría doler. Abur.

CAPÍTULO IV

Rod Corbet, moreno, guapo y sabiéndoselo, se contempló en el espejo de tres caras, de la sastrería de la calle 45 de Chicago.

—Quedas majo —opinó Luke Bronson.

—Tampoco está usted feílo con este gris, jefe.

—Vámonos ya, Rod. No te mires más, caray.

En la calle, Rod Corbet ensanchó el atlético torso. La brisa del lago no vencía el olor a establo de los cercanos y extensos *Stock Yards*. Pero Corbet dijo convencido:

—Huele a primavera, jefe.

—La tarde está buena. Lo noto en la sangre.

—¿Verdad que sí? Fíjese ya en las chicas. Van asomando con cada vestidito que enseñan todo lo que pueden de todo lo que tienen.

—Para eso lo tienen. Pero yo no me refería a las chicas, sino a mis granos. Tengo ya picor en las mejillas. Cada primavera lo mismo.

—Mire aquella rubiales, jefe. Se trae un contoneo que le pone a uno todo trepidante.

—Trepidarás otra tarde, Rod. Y si hablo de granos, no me hables de chicas, caray. ¿Dónde están?

—Tiene las mejillas lisas como el culito de un bebé, jefe.

—Hablo de las dos chicas que te conquistaste ayer.

—Usted me hablaba de granos.

—Vamos a ver si te fijas bien en lo que hablo, pollino.

—Sí, jefe.

—Has trabajado a modo, y no pueden ahora fallarte las dos chicas.

—No fallarán, pero nos esperan en el bar de Lewis. La morenita,

la que se llama Doris, habló de un amigo celoso: Tim O'Connor.

Y la otra, la trigueña, que fue la que me trabajé, me dijo que Tim O'Connor

es una mala bestia, con un genio explosivo.

—¿Ves tú? No ha sido perder el tiempo, pasarnos horas y horas en el bar de Lewis. Acude allí la gente de licor. ¿Por qué crees, zopenco, que te dejé trepidar con Doris? Porque me enteré que era asidua del garito clandestino de Tim

O'Connor.

—Ya me parecía a mí que usted estaba alerta a todo, jefe.

—Pues, ¿y entonces? Te dejé hacer el gorila tierno, porque es parte del trabajo. Ya va la cosa sobre ruedas. Nos meteremos en el local de Tim. Sabremos quién le vende el licor. Si no hoy, mañana. El caso es que Tim te vea con la morenita.

—Habrá jarana de la grande, jefe.

—Ajá. Vamos a ver, pipiolo. ¿Crees que te he pagado el viaje, ropa, cama, pienso y tabaco, para que te dediques a trepidar como un becerro por el prado?

—Ya me parecía a mí que usted estaba dándole al cerebro, jefe.

—Por suerte, o íbamos aviados.

En el bar de Lewis, la gramola reiteró el charlestón de moda: «Yes, we have no bananas».

En uno de los divanes de cuero desgastado, Doris Winter tocó con el codo a la que estaba sentada a su lado.

—Ya vienen, Clara.

Clara Graham tenía un delicado semblante. Pero marcado por su dipsomanía. Bebía en exceso.

Jovialmente, saludó Rod Corbet; sentándose junto a Clara:

—¿Qué tal, preciosidades? Ésta es Clara, y la morenita Doris, jefe.

Bronson ocupó la silla a la cabecera de la mesa. Preguntó Clara:

—¿Por qué le llamas jefe a tu amigo, Rod?

—Porque sabe más que yo, un rato largo, y además porque es así. Luke es mi jefe.

Doris denegó cuando desde el mostrador, uno de los camareros hizo una señal. Dijo Clara:

—Aquí sólo despachan líquidos infectos, Rod. Quedamos en que

os esperaríamos aquí, con mi amiga, para ir a cualquier otra parte. A ella le gusta mucho bailar.

Corbet, en pie, cogió del codo a Clara:

—A ello, nena. Yo bailo un rato, también.

Doris miró interrogante al que a su lado, caminaba pensativo, sin haber hablado desde que salieron del bar.

—¿Está de mal humor, Luke?

—Las mejillas que me pican. Y no falla. Mañana a rascarme granitos. Siempre lo mismo, cuando asoma la primavera. Oiga, usted es bonita.

—Gracias.

—Verá, yo no tengo el talento de Rod que las embelesa con el pico que tiene. Pero si usted no fuera preciosa, yo no se lo diría.

—Repito las gracias. De todos modos, es usted de otra clase que su amigo. Me refiero a que él me parece un frescales.

—También es usted distinta a su amiga.

—Clara no es lo que aparenta. Si le hizo caso a Rod, es porque está reñida con Tim O'Connor.

—¿Y usted, con quién ha reñido?

—Hace meses que estoy libre de compromiso. Ser corista es desagradable.

—Depende.

—Me refiero a que los hombres no vienen con buen fin.

—Es lo que pasa. ¿Dónde trabaja?

—Hay crisis. Llevamos semanas sin trabajo. Clara y yo. Cerraron el teatro. Lo compró Flaherty.

—¿Ése quién es?

—El «bootlegger». Quiere instalar un *cabaret*. Así podrá despachar su propia mercancía. Tiene gracia el calificativo. Dicen que se empezó a aplicar en las caravanas, a los que escondían el frasco de licor en sus botas.

En la esquina de la avenida Jefferson con la 38, discutían Corbet y Clara. Ella con poca energía. Y expuso:

—Rod quiere que vayamos al «speakeasy» de Tim, local donde se despachaba bebida clandestinamente.

Doris se encogió de hombros. Puso más de relieve su busto la tensión de la blusa sedosa, al comentar ella desafiante:

—Has reñido con Tim. Y si el muchacho quiere ir allí, mejor. Que se entere Tim que no lloras por él.

Clara murmuró:

—Como quieras, Rod, pero luego no te asombres, si Tim se pone antipático.

—También lo soy yo cuando me encrespo —aseguró Corbet.

—Ajá.

La primera pareja alargó el paso, ya en dirección al centro de la

38.

Más atrás, comentó Doris:

—Tim

O'Connor

es un mal sujeto. Fue él quien envenenó a Clara. Ella no bebía antes. Después... la dejó. ¿Su amigo no será un fanfarrón?

—No lo es. Le cogí amistad, porque en el puerto de Nueva York no se dejó amilanar por dos matones profesionales. Los cepilló. Pega a modo, y es duro de pelar.

—Me parece que usted tampoco tiene nada de blando, Luke. Y si le pasa algo a Tim no lo sentiré ni mucho menos. A mí no me puede ver.

—Pues tiene usted mucho que mirar. No se lo tome por mala idea. Es que las cosas son como son. Y usted está imponente. Pero además de estupenda, me parece usted sensata.

—No lo crea. Voy perdiendo la sensatez. Aquí en esta ciudad, sólo hay una ley. Hacer dinero pronto.

—Puede que usted tenga mejores probabilidades que muchas otras.

—Por ahora, me resisto. Puedo bailar en un tablado, con escasa ropa, y salir con muchachos que me sean simpáticos..., pero nada más. Esto sí, el día que encuentre a un hombre de verdad, no me importará nada de nada.

—Hay mucho hombre por Chicago.

—Mucho cobarde dirá usted. ¿Hombres de verdad, quiénes? ¿Un Tim

O'Connor

que necesita verse respaldado por otros, y pistola en mano, para sentirse valiente? ¿Un Lester Grady que entra a tiro limpio en una lavandería, seguido por cinco asesinos más? ¿Le parecen valientes?

—Si me los echo a la cara, se lo diré.

—Yo los desprecio, porque matan a gente que no puede defenderse. ¿Hombres esta plaga de asesinos? Bah, ninguno de ellos me hará perder la cabeza.

—Bien hecho.

Ella penetró en el zaguán poco iluminado.

Las dos parejas quedaron caso adheridas en la estrecha caja que subía hacia el sexto piso. Rod Corbet preguntó:

—Si Tim me busca, le doy, ¿no, jefe?

—Triplicado. Hay que ser siempre generosos.

La mirilla de la puerta se descorrió. El rostro de las dos coristas era suficiente salvoconducto. La puerta se abrió. Los dos matones de turno, ya no se ocuparon más de las dos parejas.

Al extremo del breve vestíbulo, había una sala general, que daba acceso a otras cuatro. Clara penetró por un corredor lateral donde se alineaban cuatro puertas.

Empujó una y se aproximó a la gramola. Cada pieza, diez centavos, que en la ranura correspondiente, soltaban de la cajita una ficha.

El reservado era pequeño, de dos mesitas y cuatro sillas.

Rod Corbet siguió con el índice la numeración de la lista de discos, mientras Clara introducía monedas de a diez y recogía fichas.

—Éste. Debe estar sabroso, nena. «Bailando mejilla a mejilla».

Doris, sentándose, sonrió tenuemente. Poco galantemente, Luke Bronson se había sentado el primero. En la esquina del fondo, desde donde veía la puerta, el corredor y cuanto pudiera suceder en aquel espacio de cuatro metros de ancho por seis de largo.

Asomó un individuo. Por su indumentaria, no pertenecía al gremio de camareros. Pero oficiaba como tal.

—Hola, Jimmy —saludó Clara—. Un frasco de a veinte.

Se retiró Jimmy. Discreción, norma elemental de la casa.

Clara tendió las fichas a Corbet que, reflexivo, manifestó:

—Cambio de idea. Primero uno movidito. Éste. «Mamá, cómprame unas botas».

Clara empezó a mover los hombros, y Corbet las piernas. Un acorde más agitado los enlazó. Iban y venían, dedicándose concienzudamente al pateo en el aire que se llamaba charlestón.

Propuso Doris:

—Si quiere, podemos bailar, Luke.

—Después. Fíjese que este muchacho da unas coces primorosas, y así de entusiasmado, le falta sitio.

—Usted no ha venido a bailar ni a beber, Luke.

—A lo mejor, si me animo, lo dejo yo achicado a Rod. Tengo algo de piel roja en la sangre.

—Yo también, pero me pasa como a usted. No se me nota.

El disco cesó de rodar. Permaneció Corbet con la ficha en la mano.

Clara miró recelosa al que acababa de entrar.

Muy bien vestido, anchas hombreras, liso cabello negro muy engominado, Tim

O'Connor

examinó en rápida ojeada a los dos desconocidos.

Dijo incisivamente:

—Se acabó la bebida de veinte, Clara. Tendrás que ir a otro sitio.

Rod Corbet hizo saltar la ficha en la mano. Con la otra palma, empujó hacia atrás a la que iba a replicar.

—¿Qué pasa aquí, camarero? —rezongó Corbet—. Si no hay de veinte, trae de diez, pero trae, que para eso hemos venido, ¿te enteras?

Era lo convenido. La primera parte corría a cargo de Corbet. Ponía la mecha y la chispa.

Del resto se ocuparía el jefe.

Tim

O'Connor

torció la boca en mueca desdeñosa:

—Soy el dueño, amigo. No debiste venir aquí, Clara Te dejaron entrar, por la costumbre. Pero no te voy a consentir que vengas aquí con gente que...

—Este tío es un gramófono —intervino Bronson—. Dale una ficha, Rod. Se la ha ganado. Atrás, Rod. Para ser dueño de un local público, no tiene usted ni pizca de buenos modales, caray.

O'Connor

dedicó otra ojeada desdeñosa al que había intervenido.

—Tengo los modales en curso, amigo. No le vendo bebida a

gente que no conozco.

—Me llamo Bronson. Luke Bronson. Este bailarín es Rod Corbet. Ya nos conocemos ahora. Si Clara quiere beber, y usted despacha licor, ¿por qué tantos remilgos?

—En mi local mando yo.

—Queda por ver.

Tim

O'Connor

miró con más detenimiento al acompañante de la bonita gazmoña, que siendo corista se permitía arrogancia de señorita honesta.

—¿Queda por ver, el qué?

—El que manda es el cliente. Yo echo sobre la mesa, es un decir, un billete de veinte pavos, y usted a lo suyo, que es despachar. Conque a traer el frasco. Y nada de palabrotas, caray, que hay señoras delante.

O'Connor

pareció sacudirse una mota de la corbata. Dando media vuelta, abandonó el reservado.

Rod Corbet introdujo la ficha, y al enlazar a su pareja notó un abandono prometedor. Clara susurró:

—Estupendo, Rod.

Doris alisó el borde de su falda. Sin mirar a su acompañante, dijo:

—Volverá con sus dos matones de turno. Pero no le conviene el escándalo. Solamente tratará de impresionar.

Clara no perdía de vista la puerta. Apretó significativamente la mano de su pareja.

Corbet, soltándola, se enfrentó con los que, entrando, se colocaban en silencio, uno a cada lado de la puerta.

Llevaban hundida la diestra en el bolsillo de la americana.

Apareció

O'Connor.

Dio dos lentos pasos, y anunció secamente:

—No hay licor en todo el local. Y no lo habrá nunca para ti, Clara. Nunca, ¿me oyes?

Corbet agachó un poco la cabeza. Adquirió una gran semejanza con un ternero que va a embestir. Y manifestó:

—Se está poniendo pesado este sietemesino, ¿no jefe?

—Se la va a ganar, palabra —sentenció Bronson—. No vinimos a buscar gresca,
O'Connor,
sino a ver qué clase de *whisky* se cataba en este tugurio.

—Sólo *whisky* para lobos —sonrió
O'Connor
acrememente—. Pero hay también plomo para los pájaros. Lárguense antes que sea tarde.

—Tasca el freno, Rod. Estos chicos no quieren pelea. Quieren tan sólo que nos vayamos. Las señoras primero, aquí no vale. Yo, primero.

—Así será mejor —aproboó
O'Connor.

Uno de sus pistoleros sonrió desdeñoso.

Clara Graham, decepcionada, chilló:

—¡No voy a irme así como así!

—Rod, calma a tu chica. Hemos venido a divertirnos, no a armar bulla. Eso es.

Y el pecosito que se palpaba la mejilla que le picaba, estaba ya cerca del umbral, cuando surgió lo que Doris, que seguía sentada, estaba esperando.

Viró Bronson tan rápido sobre sus tacones, que
O'Connor,
siempre receloso, no tuvo tiempo de sacar la diestra del bolsillo.

Notó en cambio muy perceptible el duro empujón en su costado izquierdo de lo que abultaba el bolsillo alzándolo desde la cadera, del que a su perfil, silabeó rápido:

—Diles que se estén quietos, Tim. ¡Ya!

—Quietos, muchachos —apremió
O'Connor.

—Una imprudencia y hueles a quemado, Tim.

—Va bien, amigo. No hay que tomárselo a lo trágico.

—¿Ves tú, Rod? Nada mejor que los buenos modales, caray. Anda, Tim, diles a estos dos chimpancés que traigan el frasco pedido por Clara. De a veinte, ¿estamos? Y nada de juegos de manos, que luego pagaría el dueño los platos rotos.

—De acuerdo. Vosotros dos, id. Traed del bueno.

Los dos matones dejaron de titubear. Salieron.

—Tim, saca la mano del bolsillo, caramba.

O'Connor

obedeció. Sabía cuándo no llevaba ventaja.

Extrajo Bronson del bolsillo de

O'Connor

la automática, con la diestra. La tendió hacia atrás, y Rod Corbet se apoderó ávidamente de la «Luger».

—Te la devolveremos por correo cuando estemos lejos, Tim. Nos acompañarás luego hasta tu salida privada, para que la clientela no se escandalice. Toma nota, Tim. No es fanfarronada. Te dejo tieso si lo prefieres. Me llamo Luke. Luke Bronson. ¿Te acordarás?

Cabeceó

O'Connor

afirmativamente. Más lívido el semblante.

—Rod, cierras la marcha. Delante el patrón de la casa, como corresponde. Usted en el medio con su amiga, Doris.

En la puerta, uno de los que se habían ido, presentó un frasco envuelto en papel transparente.

Cogiéndolo, ordenó

O'Connor:

—A tu sitio, Jack. Yo acompañaré a los que se van. Diles a los otros que no ha pasado ni pasará nada. Vete.

Aprobó Bronson:

—Así se habla, Tim. Lo cortés no quita las pencas, suponiendo que fueses cortés y tuvieras pencas. Andando.

Recorrieron el breve pasillo desierto. Torció

O'Connor

a la derecha. Notaba la suave presión, a intervalos regulares, del bolsillo alzado.

Otro pasillo, y una puerta que abrió el propio

O'Connor.

Un rellano con la jaula metálica del ascensor privado.

Caben ellos tres, primero. Lleva a las damas abajo, Rod.

—Yo creo, jefe, que cabemos los cinco, porque...

—¡Abajo, dije, caray!

Se precipitó Corbet a la caja, donde esperaban ellas dos. De la diestra de

O'Connor

arrebató Bronson el frasco, que lanzó al interior. Lo recogió hábilmente, con mimo, Clara Graham.

El ascensor fue bajando.

La puerta se abría a espaldas de O'Connor.

El trecho de pared, frente a la caja del ascensor, cubría a Bronson.

—Ya lo puedes decir, Tim. Tampoco me gustaría que un cliente, no me pagase la consumición. Pero te lo buscaste. Por malcriado.

—No lo olvidaré... Quiero decir, que lo tendré en cuenta.

—Ajá. Ya sube la caja, y bajarás conmigo, a despedirme. Simple y elemental educación. ¿Abuso?

—¡Qué va! Todo lo contrario. Es un placer.

—¿Ves tú? Todo en regla, así.

Se detuvo el ascensor y abriendo, pasó Bronson al interior. Crispadas las mandíbulas, entró O'Connor.

Fueron bajando. Mirándose con fijeza.

Al notar la diestra de Bronson sobre su americana, dijo O'Connor:

—No llevo armas, Luke.

—Me llevaré tu cartera, Tim. Como recuerdo. Quien la limpia a un ladrón, ronca de un tirón. Y así, tú recordarás que donde yo estoy, no se chilla ni amenaza. Abre.

Abrió

O'Connor, convulso de impotente rabia. Saliendo, cerró Bronson, pulsando el timbre de ascenso.

En el oscuro zaguán, avisó Corbet:

—Fueron a por un taxi, jefe.

—Dale a los pies, Rod. Ya tenemos tu herramienta, y ahora sabremos quién surte de licor a este mequetrefe.

Salieron apresuradamente. Dos manos aleteaban en la ventanilla del taxi que acababa de detenerse a unos metros.

—Arreando al centro, compañero —indicó Bronson al subir.

Clara Graham admitió por asiento las rodillas de Corbet. Apretaba amorosamente el frasco contra su busto.

Encajada entre los dos hombres, dijo Doris:

—Podemos ir a nuestro piso, Rod. Tenemos gramola.

—Y puedo cocinar —añadió Clara—. Estupendo. Pienso en Tim. Debe estar echando las muelas.

—Desde que entró tenía las de perder —comentó Corbet ufano—. Cuando le vi enfilado por mi jefe, pensé: «Ya te caíste, pichón».

Dejó Bronson de mirar hacia atrás. Doris, adelantando el busto, indicó:

—West 16, número 77, chófer.

Consideró natural que, al retroceder, quedase sobre su hombro el brazo de Bronson, que medio ladeado, masculló:

—Mañana tendré ronchas. Lo estoy notando. La primavera siempre me revuelve la sangre.

—No seas tan impaciente, Clara —reprochó Doris—. Beberás en casa.

Pero su amiga había desenroscado el tapón. Bebía al gollete, enlazándose con el otro brazo al cuello de Corbet.

Presentó el frasco y le alegró la respuesta de Bronson:

—Este frasco es muy suyo, Clara. Ya nos agenciaremos otros.

—Puedes tutearme, Luke. Eres un sol.

—Al menos en las mejillas se me nota. Maldita sea. Mañana venga a rascarme como un mono.

Doris meditó que el pecoso preocupándose por su sarpullido primaveral, en vez de pensar en las represabas de Tim

O'Connor,

podía ser quizá uno de los escasos «hombres cabales».

Se vería si lo era, según se comportase después. Porque ella no era fácil; no era como la pobre dipsómana que ahora reía cosquilleada por los besos taimados de Rod Corbet.

CAPÍTULO V

En la cocina, Doris colocó sobre la mesa esmaltada los dos platos. Atacó Bronson el suyo tras afirmar:

—Los huevos fritos con mucho jamón y muchas patatas, son una de las grandes verdades de la vida.

Sentada al otro lado de la mesa, Doris asintió.

En la salita contigua, volvió a vibrar el disco: «Jungla nocturna».

Además de bailar, Corbet imitaba a la perfección los rugidos de fiera.

Clara reía nerviosamente.

—No es mala chica, Luke —insinuó Doris.

—Ni es mal muchacho. Es que en primavera le da por hacer el oso.

—Ha estado usted muy correcto hasta ahora, Luke.

—No me da usted motivos para que no lo sea.

—Gracias.

—Las que rebosa usted por todas sus líneas. Ya le dije que está succulenta.

—Pero prefiere el jamón abundante en el plato.

—Por ahora, sí. Pero si algún día me encuentra cabal, avíseme.

—Estaba usted muy interesado oliendo el frasco que vació Clara.

El que no cobró

O'Connor.

—Es *whisky* destilado en Canadá. Viajó en barril. No llevaba más de un mes embotellado.

—Está usted muy enterado.

—Me entrené en Nueva York. Con un profesional. En la bodega de retención del puerto, del alcohol intervenido. Aprendí mucho hasta saber catar la duplicada.

—¿Esto qué es?

—Se mezclan dos *whiskys*, y a reconocerlos. La prueba de fin de curso, consiste en vendarse los ojos, y sin ver el color, catar de tres vasos.

—¿Piensa vender?

—Pienso ganar dinero. ¿No es la divisa de la ciudad?

—Envenenando a la gente.

—No tengo yo la culpa. El estanquero no es responsable de las asmas y anginas. Y siempre es mejor dar de beber al sediento que atracar oficinistas.

—Ya me figuré que usted...

—Dejémoslo. Clara ya tiene su licor y yo puedo largarme.

—No se vaya todavía. Usted quiere saber quién surte de licor a Tim, para comprar, ¿no?

—Algo parecido.

—Le surtía Flaherty, pero últimamente se procura Tim el licor por sus medios. Lo convinieron con Flaherty. Un viaje él, otro Flaherty. Reparten.

—Seguramente la carretera norte.

—Claro. Los barriles vienen por los Lagos, en gabarras. Los recogen en un camión, y bajan generalmente por la carretera de Green Bav. Tiene muchas secundarias, y si aparecen los motoristas, pueden desviarse por cualquiera de escape. Es una ruta peligrosa.

—¿Tanto?

—Muchos mueren. Además de la policía, están las bandas rivales. Ya sabe.

Rebañando el plato, lo apartó Bronson. Ella fre al hornillo, regresando con una cafetera.

—Yo no sé nada de nada —afirmó Bronson.

—Es natural que no se confíe a la primera persona que le pregunte.

—Usted no pregunta, Doris.

—Podemos tutearnos, Luke. ¿Crees que soy tonta?

—Tú le das mil vueltas al más tunante. Suele ocurrir con las buenas mujeres. Entendámonos... Eres una buena mujer, porque estás buena, bonita y con empaque de hembra. También eres una mujer buena, por dentro. Yo seré tonto, pero las huelo.

—Buen olfato, Luke. Tampoco yo ando mal de narices. Ayer

vestías mal, como Rod. Hoy elegantes, pero cortos de dinero. Rod no tenía pistola. Le conseguiste una. Tú en el Lewis, ordenaste a Rod que conquistase a Clara. Y nos llevaste al local de Tim. Precisamente allí.

—¿Qué de raro tiene?

—Sabías que estallaría la pelea, o la buscarías. Pistola para Rod, y averiguas qué licor tiene, y dónde lo adquiere. Cuando el ascensor bajaba, le quitaste la cartera a Tim. No tienes pues para comprar camión ni licor. ¿Es así o no?

—Me pasma tu pupila. ¿Era policía tu papá?

Doris Winter frunció el entrecejo. Bronson terminó su taza de café. Murmuró ella:

—Me lo he ganado, Luke. Pero cuidado... No quisiera que dejásemos de ser amigos.

—Yo tampoco. ¿Por qué te enojaste?

—Mi padre se llamaba Buster Winter, y lo apodaban «Dedos de Seda».

—Caray, palabra que lo ignoraba, chica. De veras, créeme.

—Lo mataron hace tres años, en un atraco. Mi padre murió poco después. Le quería de veras. Y esto me va a pasar a mí, Luke... Cuando me enamore de un hombre cabal, no me importará lo que sea. Pero preferiría que fuese un hombre decente.

—Bien pensado, Dora. Por lo tanto, me buscaré chica por otra parte.

—Sí, será mejor. Podría cogerte cariño, y así empieza el daño. Escucha, Luke. Lo que pretendes es imposible.

—¿Qué pretendo?

—Hacerte rico quitándole camión y carga a O'Connor.

No tienes siete vidas.

—Pero puedo ganar siete veces más.

—¿Con quiénes cuentas? Perdona, estoy preguntando.

—Y te contesto, porque si me equivoco, y me estás sonsacando, ni tengo yo olfato, ni eres tú lo que me parece. Además, te lo advierto. Si algún día supiese que tú me...

—No lo digas, Luke. Me lo supongo lo que me pasaría.

—Bien... Cuento conmigo y con ése que ahora se cree que está cantando y señaló Bronson hacia la sala.

—¿Solamente vosotros dos? En un camión como el de Tim, van seis. El del volante, y uno al lado. Otros cuatro dentro con la carga, bajo el toldo. Con fusil ametrallador. Van a toda marcha.

—Pero habrá cuestas y virajes, ¿no?

—Los de dentro están parapetados.

—Si me sale mal, nada se pierde. No me daré cuenta que estoy sin blanca. Y si acierto, tendré los primeros miles necesarios.

—¿A quién venderás?

—Sobran compradores.

—Pero el camión te delatará.

—Con quemarlo, o tirarlo al río, a otra cosa, mariposa.

—Llevan más de veinte barriles grandes.

—Encontraré dónde descargarlos.

—Lo ves todo muy fácil.

—Si no fuera así, me dedicaría a otro oficio más reposado.

—¿Y fríamente... matarás a seis hombres?

—Si ellos quieren matarme, es pura y legítima defensa, ¿no? ¡Tú, pollino, no berrees tan fuerte! ¡Ven!

En la cocina apareció Rod Corbet. Le relucían los ojos. Había semivaciado un frasco pagado por Bronson.

Despeinado, en mangas de camisa, sonreía estúpidamente. Dijo retador:

—Estoy cantando.

—Estás borracho, que no es lo mismo.

—Oiga, oiga... ¿Es que no voy a poder celebrar la primera faenita?

—Recoge tu americana, y andando.

—Oiga, oiga... ¿Es que no voy a poder darme el gustazo a modo?

En pie, palpándose la mejilla, rezongó Bronson:

—Maldito picor. ¡No, pelanas, no vas a poder hincharte como un odre! No te elegí para juergas, sino para trabajar.

Bronson se detuvo a un paso de distancia del que agachó un poco la cabeza, disponiéndose a embestir.

—Quieto, Rod. Te guste o no, llevo yo el barco. Algún día podrás ser piloto, pero por ahora el capitán soy yo. Eso pactamos y eso hemos de cumplir. Dame un testarazo y le parto la crisma.

Pestañeó Corbet, dominándose. Agregó Bronson:

—Supongo que preferirás que vayamos en coche de nuestra casa a nuestros locales. O que nos entierren juntos. Piénsalo bien, Rod, porque es mi primer y último aviso.

Levantó Corbet lentamente la cabeza.

—Pensado, jefe.

—Si me agachas otra vez la testuz como allá en el puerto hiciste antes de arremeter contra los dos matones, no nos enterrarán juntos, sino por separado.

—Bueno... Estaba algo nervioso, jefe. La rubiales se ha dormido.

—Razón de más para que salgas de puntillas, sin despertarla.

Asintió Corbet, y dando media vuelta trató de afirmar el paso en busca de su corbata y americana.

Comentó Bronson:

—Es un poco bruto, pero no es mal chico. La bebida es cosa mala.

—Y vas a negociar con bebida.

—Que la tomen a pequeñas dosis, y es sano. Bueno, Dora, que te rueden bien las cosas. Suerte.

—No te vayas aún. Habíamos quedado en salir juntos.

—Ya hemos salido demasiado.

—Hace sólo tres horas escasas que nos tratamos, Luke.

—Y por mí, sobran dos y media. ¿Es que no te das cuenta o qué pasa? Me gustas casi tanto como los huevos con jamón.

—Te he pedido que te quedes, porque pudiera ser que Tim quiera molestar a Clara. Conoce esta dirección, y como tampoco a mí me puede ver...

Entrando en la cocina, Corbet fue a colocar la cabeza bajo el chorro.

—Si quieres, puedes alojarte aquí, Luke. Amistosamente. Doble ventaja. Si Tim intenta cualquier hazaña, tú nos defenderás. Y os ahorraréis el hotel.

—¿Hotel? Estamos en una pocilga, donde para respirar hay que subir a la azotea. Acepto, Dora. A este pollo lo encierro conmigo, en esta cocina. Un par de colchones o mantas nos bastarán.

—Hay mejor arreglo, Luke. En el salón, el diván cama para ti, y ponemos un catre para Rod. Yo y Clara tenemos alcoba separada. Cerraremos la puerta. Seremos... como hermanos de infortunio.

Salió ella corriendo, mordiéndose los labios. Le apenaba pensar

que un hombre cabal como lo fue «Dedos de Seda», y como lo era Luke Bronson, había elegido un camino mortal.

Rod Corbet secándose aseguró:

—Si mastico algo, me acabo de despejar, jefe.

—Primero ayuda a Dora. Llévate en brazos a tu chica. Y cuando esté ella en su alcoba, cierras por fuera, y vuelves volando.

—Ya mismo, jefe.

Minutos después, regresaba. Se dirigió a la alacena.

—Ya oíste a Dora, pimpollo. Nos da hotel, pero a lo fraterno, ¿estamos? Y si se presenta Tim...

—Más herramientas al canto —rió jubiloso Corbet—. La rubiales está alcoholizada, jefe. Se quedó como muerta...

—Beber y bailar, apuntilla. Come y calla, berzotas.

—Sí, jefe.

Pasó Bronson a la sala donde Doris dejaba sobre el diván cama, sábanas dobladas, junto a almohadas y dos mantas.

—Puede que siga tu suerte, Luke. Yo puedo saber la ruta que seguirá a la fecha, al camión de Tim.

—¿Cómo?

—Conozco a Myrna.

—¿Quién es Myrna?

—La novia de Shanon, el que lleva el volante.

—No te metas tú en esos potajes.

—¿Por qué no? Estoy sin trabajo. Y si te haces rico, yo...

—¡Calla, majadera! Sabrás levantar la pierna al compás del bombo, pero hacerte la mujer fatal, la vampiresa, te sienta como a una paloma un par de botas.

Mordiéndose un emparedado de queso y carne se acercó Corbet:

—Oiga, jefe, he estado pensando que si me llevo el catre a la cocina, queda cubierta la otra entrada. Hay escalerillas de incendio. Podrían colarse saltando por la ventana del lavadero. Echo el catre de través, y cubro la retaguardia, jefe.

—Vas progresando, Rod.

—¿Verdad que sí? —sonrió Corbet satisfecho.

Hizo el traslado y volvió a asomarse:

—¿Puede uno echarse a roncar, jefe?

—Te hace falta. Pero, que nos despertemos a tiempo.

—Seguro, jefe. —Y desapareció, cerrando la puerta.

Doris apagó la luz central. Dejó la de la pantalla. Sentándose dijo:

—A veces, me cansa vivir así, Luke. Sé que de un modo u otro, terminaré mal. Contigo... puedo terminar menos a disgusto. A tu modo, eres noble. Conmigo lo eres.

—El fallo, te marcaría, Dora.

—¿Qué quieres decir?

—Si en el primer negocio, calculo mal, y me dejan tieso, te buscarán.

—Correré el riesgo.

—Si me sale bien, no quiero que vuelvas a exhibirte por tablados.

—Sí, jefe —sonrió ella con voz trémula.

En mangas de camisa, Luke Bronson, echándose más atrás la «Savage», paseó por el corto trecho de pared a puerta. Yendo y viniendo, expuso:

—Yo veo el asunto así. Me entero de la noche en que traen el licor. Y la ruta. Estudio el terreno. Hay virajes y alguno en pendiente de subida, ¿no? Se puede saltar sobre la lona. Pero puede que luego se enteren que habías sonsacado a Myrna.

—Myrna se queda sola cuando Shanon tiene que ir a recoger el camión y cargarlo. Se va un día antes.

—No me gusta. Hay otro truco mejor.

Siguió él paseando. Ella, con melancolía, se atribuyó una hipocresía inexistente.

Pensaba que trataba de justificar su próxima entrega, viendo en el pecoso a un hombre «distinto» a los demás lobos de la jungla de asfalto.

Era otro lobo más. Hablaba de robar y disparar a pistoleros, como si fuese un negocio legal y decente.

Preguntó de pronto Bronson:

—¿Qué pasa si unos motoristas persiguen un camión cargado?

—Tratan de escapar. No les conviene, salvo en caso extremo, matar a motoristas de la Patrulla de Represión.

—Ya está. Un camión sin carga de licor, no huirá al ver acercarse un sidecar de la Patrulla, ¿no es así?

—No tienen por qué huir.

—Entonces, el que huya será porque lleve carga. No me hace

falta que sonsaques. Rod y yo nos agenciaremos un sidecar y dos uniformes. Nos quedamos al acecho, aunque sean veinte noches seguidas, pero enfilaremos todo camión sospechoso, y si huye, es fácil. Lleva licor.

Abriendo, asomó Corbet la cabeza:

—Oiga, jefe, no estaba escuchando a posta. Me estaba enjuagando la boca, y por eso le oí el plan. Un buen truco el suyo. Pero ¿se ha dado cuenta que los del camión nos pueden brear a tiros?

—Exacto. Será la prueba infalible de que llevan licor.

—Sí, jefe —y cerrando, Corbet fue a dormir.

Volvió Bronson a sus paseos reflexivos.

—No pienses más, Luke. Si tienes sueño, me voy.

—¿Sabes jugar al envite?

—Un poco. Mi padre me enseñó. También le gustaba a él. ¿De ocho por baza, y robando hasta tres?

—Ajá.

Luke Bronson se entregó al juego con apasionado ardor. Empezó Doris a sentirse levemente ofendida.

Su belleza ya no existía para Bronson. El solamente veía que ella le estaba ganando doce dólares con veinte centavos.

Los pagaba de la cartera de O'Connor, pero se ponía malhumorado. Vigilaba receloso, los dedos manicurados, de uñas granate. Gritó:

—¡Envío todo al siete, caray!

Descartó ella mal, voluntariamente. Luke Bronson rió alborozado, al recobrar sus pérdidas.

—Ya no más, Luke. Tengo sueño.

—Otra partidita, mujer. ¿Te rajas, eh? Claro, te estaba yo dando duro... Bueno, ya habrá tiempo. Buenas noches.

—Dejaré abierta la puerta que comunica con la alcoba de Clara. Cuando se despierta, está un rato con ideas negras. Le explicaré que decidimos que era conveniente protegerla contra Tim, que tratará de vengarse de la humillación. No le diré nada más.

—No le digas nada. En el negocio, solamente tú, yo y el pollino.

—¿Por qué le llamas así?

—Aparte de que lo es, le hace gracia. Y a mí, también.

En pie, inmóviles, seguían mirándose. Les separaba un paso.
Ella lo dio.

CAPÍTULO VI

Burt Kovac, al acercarse al zaguán, alzó las solapas de su abrigo, y bajó el ala de su sombrero. Generalmente lo llevaba echado hacia atrás.

Pero su rostro redondo, que recordaba el de un perro de presa, era fácilmente identificable. No le interesaba ahora ser reconocido.

Llegó hasta el ascensor privado. En el interior le esperaba Jack Marvin.

Ninguno de los dos se saludó. Subieron en silencio. Kovac pasó a una de las salas, donde Tim

O'Connor

consumía a sorbitos, en un alto vaso, su propia mercancía.

Kovac se quitó el abrigo, y echándose atrás el sombrero, cogió el frasco para llenar un vasito de cubilete. Bebió un trago.

Tras chasquear la lengua como conocedor satisfecho, dijo:

—Hiciste mal en telefonear a comisaría, Tim.

—Empleé la clave convenida. No di mis nombres ni señas, sino el apellido convenido.

—Alguien pudo verme entrar.

—En esta casa hay seis pisos, Kovac. Además, también un policía tiene derecho a beber un trago, si le apetece.

—¿Qué te pasa, que me llamas a las dos de la madrugada?

—Era tu hora de relevo.

—Y la de dormir también.

Sonrió

O'Connor

sin la menor amabilidad:

—Nos ayudamos mutuamente, Kovac. Te pago por mes, el doble de lo que ganas al año en tu empleo.

La corta y maciza diestra del sargento de detectives Burt Kovac se crispó en torno al vaso. Tenía aguante. Prefirió repetir:

—¿Qué te pasa?

—Un atraco.

—¿Eh?

—No te llamé antes, porque me conviene respetar tu horario normal de trabajo. A eso de las seis, vinieron dos parejas. Pidieron licor, y me negué a darles. Uno de ellos se puso bravo, me pilló por sorpresa, y me quitó la cartera.

El rostro de Kovac se pobló de arrugas al fruncirse. Era su modo de reír. Facialmente. Su garganta emitió gruñidos contenidos.

—¿Te causa gracia, Kovac?

—Para tres puercos días que vamos a vivir, hay que saber aprovechar los pocos minutos chistosos. O sea que vino un tipo, te pidió licor, y te rapiñó la cartera. Bien. ¿Y qué?

—Eres policía. ¿O lo has olvidado?

—Presenta la denuncia. Tendrás testigos de peso, ¿no?

—Jack, Jimmy.

—No bastan. Apestan.

—Clara Graham.

—¿La que hace unos meses fue tu chica?

—La misma. Iba con los que me atracaron.

—Será difícil que testimonie en tu favor.

—Ésta es tu misión. Hacerla cantar.

—¿Quiénes eran ellos?

—Desconocidos. Uno se llama Luke Bronson, y fue el que me quitó la cartera y el arma.

—Deja fuera el arma. Dejemos solo la cosa en robo de cartera a mano armada... ajena. Bien, ¿y qué debo hacer?

—Hay una ley para los que atracan a mano armada.

—Cinco años, si no hay sangre, para el que lleva armas sin licencia.

—Ese Bronson no es tipo con licencia. Apriétale las clavijas, pero métele en cintura. Apártalo de la circulación. Y a los otros tres, algo les tocará en el reparto, ¿no?

—Unos meses, si no llevaban arma visible. Quieres entonces que te quite del camino a ese Luke Bronson, por cinco años, y a Clara por unos meses. Los otros dos, ¿nombres?

Había ya anotado en una libreta. Esperó lápiz en ristre.

—Al otro, le llamaban Rod.

—Rod.

—Luke Bronson acompañaba a Doris Winter.

—Bien. Ahora iré a dormir. Mañana buscaremos al cuarteto de marras.

—¿Por qué no ahora?

—Tengo sueño y así no carburo en forma. Además, por mucho que me pagues, hay cosas que todavía no me las puedo saltar. Toma nota, escribo mi parte, y el comisario debe enterarse, antes de que yo pueda tomarme iniciativas de ninguna clase.

—Eres un esclavo, Kovac.

—Todos lo somos de algo o de alguien más o menos, Tim. Me llevo un frasco. Lo descuentas de mi paga. Hasta otra. A ser posible, no me hagas venir. Es preferible vernos en un sitio neutral.

Asintiendo,

O'Connor

acompañó al policía. Abriendo la puerta del ascensor, Kovac sé alzó de nuevo las solapas del abrigo, y al bajarse el sombrero sobre la nariz, comentó:

—Mi jefe no te tiene la menor simpatía, Tim. Se mondará cuando sepa que te dejas atracar a domicilio.

—Que se muera de risa, pero que cumpla con su oficio. Le pagan los contribuyentes para eso, ¿no?

—Hijo mío... Me consuela un poco ver que los hay mucho más cínicos que yo.

—Menos filosofar y al trabajo, sargento Kovac.

—Se hará lo que se deba hacer,

O'Connor.

El comisario Bruno Muller iba poniendo su visto bueno a los diversos informes. Trazaba un círculo y una cruz. Su marca.

Apartó una de las hojas, y al terminar con las restantes, las entregó al policía de servicio. Ordenó:

—Que venga el sargento Kovac.

Burt Kovac apareció. Le afeaba todavía más la hinchazón que rodeaba sus ojillos. El *whisky* aunque digerido en siete horas de sueño, dejaba huellas.

Muller le acogió con mirada en la que había desdén y algo de

lástima.

—Explíqueme este asunto, sargento.

—¿Cuál, señor?

—No se haga el cándido. Aludo a la denuncia de ese lechuguino de irlandés.

—Los hechos sucedieron así. Dos parejas acudieron al local de baile de Tim

O'Connor,

con la pretensión de que les vendiese licor. Tim

O'Connor

les manifestó que se habían equivocado, puesto que en su local...

El comisario Muller se limitó a dar un manotazo sobre su carpeta.

Varió el estilo informativo del sargento:

—... Y el llamado Luke Bronson, sacó arma, amenazando a

O'Connor

y a sus dos empleados, arrebatándole la cartera a

O'Connor.

Acompañaban a Bronson un tal Rod, y dos coristas: Clara Graham y Doris Winter.

—Busque a estos dos sujetos. Un momento... Yo les interrogaré, ¿me entiende bien, Kovac? No les ponga la mano encima, mientras no se lo ordene. Limítese a requerirlos para que se me presenten. Puede irse.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—No.

—¿Puedo indagar subordinadamente por qué me niega el derecho...?

—Fuera, Kovac. ¿No quiere salir sin más? Perfectamente. Sepa por qué no le tolero ninguna clase de pregunta. Porque hasta hace unos meses, usted era un hombre. Bestia y cerril, pero un hombre sano. Y yo le apreciaba, Kovac. Le suponía capaz de aguantarse con su sueldo limpio. ¡Ya basta! Nos entendemos, sargento. No me pregunte nada, y no preguntaré. Fuera.

Por un instante Burt Kovac pareció dispuesto a hablar. Pero Muller tenía una mirada muy expresiva. Asco y cierta pena.

—A la orden, señor.

En la oficina general, pidió Kovac:

—En la lista de fondas y camas, búscame un tal Luke Bronson.

El comisario Muller, al obtener comunicación, se limitó a decir:

—Ven ahora mismo, Doris. Tengo que hablar contigo seriamente.

Doris Winter, vestida, contempló al que dormía boca abajo. De perfil, exhibía una sonrisa beatífica.

No importaba que una de las manos colgantes, rozase sobre la alfombra, la funda pistolera.

Parecía un muchacho sin preocupaciones.

Diez minutos después entraba Doris en el despacho del comisario.

—Buenos días, señor. Veo que sigue usted bien.

—Lo mismo quisiera decirte. Siéntate. ¿Te cuento la historieta?

—Según lo que usted entienda por historieta.

—Tú me hiciste una promesa. Tu padre solía cumplir sus promesas.

—Yo también.

—Entonces, ¿qué demonios fuiste anoche a incordiar en el clandestino del irlandés O'Connor?

—No entiendo.

—Confiaba en que me tenías amistad, Doris.

—Le respeto y aprecio, señor. Usted era el único policía que sinceramente trató de enmendar el carácter de mi padre. Y él me dijo muchas veces que usted era un hombre decente.

—Pues al grano, niña. ¿Quién es un tal Luke Bronson?

—Es... el hombre por el cual soy capaz de todo. Le conocí ayer.

Dos frases tontas, casi absurdas, y sin embargo, Bruno Muller entendió.

En vez de replicar, moduló algo intermedio entre carraspera y bufido.

Doris sonrió melancólica, al prolongarse el silencio. Dijo:

—Soy la hija de «Dedos de Seda». Lo llevo en la sangre, señor. He encontrado un hombre cabal, porque es de una ingenuidad escalofriante. Como un niño grandullón que quisiera jugar a bandidos.

—No te extravíes, niña. Ese tal que te parece un bebé juguetero, atracó a Tim

O'Connor.

—¿Y quién es Tim

O'Connor?

Un sucio cobarde, que envenenó a Ciara convirtiéndola en adicta a la bebida. Un cobarde canalla que se cree muy hombre, porque...

—Basta, niña, No eres testigo de cargo, sino todo lo contrario. Estabas con Luke Bronson, cuando éste sacó arma. ¿Tu gran hombre tiene licencia?

—No sé nada, ni vi nada. Tim miente, porque le dio rabia ver a Clara con otro.

—¿Qué otro?

—Rod Corbet.

—A ambos los está buscando el sargento Kovac. Por denuncia que ha presentado Tim

O'Connor.

¡Te callas! No me vas tú a decir lo que ya me sé. Hay una denuncia de atraco, y tenemos que dar los pasos legales.

Había súplica en los ojos de Doris. Agregó Muller:

—Si ves a tu amor antes que lo agarre Kovac, aconséjale que se vaya a tomar otros aires, y otras carteras, fuera de mi sector.

—Gracias.

—Nos hicimos una promesa mutua, Doris. Tú serías buena chica, y yo trataría de evitar que cayeses en la equivocada idea de que por haber muerto tu padre como murió, estabas destinada a terminar mal. Pero, ahora, ¿qué demonios te pasa?

—Estoy enamorada por vez primera, y con toda mi alma, señor.

—Es una pena que eligieses a un tipo atracador. Atiende, niña. Una y no más. Si tu amor, en vez de irse a otro Estado, sigue incordiando, lo meteré entre rejas. ¿Entendido, niña?

—Quizá yo pueda Hacer de él otro hombre.

—Lo que voy a decirte será cruel, Doris, pero a los que quiero les digo las verdades, en su propio bien. ¿Qué pretexto Bronson? ¿Qué atracar a maleantes es una acción casi honrada?

—El no se justifica.

—Un punto a su favor. Entonces dirá que no trabaja decentemente porque tuvo mala suerte. Es lo que dicen todos los que incuban malos instintos.

—No tiene malos instintos. Ya se lo he dicho, comisario. Es

como un niño. Forja unos planes descabellados, y lo matarán. No es malo. Es valiente.

—Valentía mal encarrilada. ¿Cuáles son sus planes, niña?

—Cito el pecador, pero no el pecado. ¿Puedo irme?

Bruno Muller se tocó en el costado. Le dolía en los cambios de temperatura, y hacía fresco aquella mañana. Le dolía la cauterización, en el lugar donde le habían extraído una bala.

Una de las que disparó «Dedos de Seda» antes de caer acribillado.

Constaba en el expediente que el comisario Muller, si bien estaba al frente de cuatro de sus agentes, no sacó arma.

Había querido convencer al atracador para que se rindiese.

—Lo siento, Doris. Ha sido una mala suerte que fueses a enamorarte precisamente de un hombre que sabes terminará mal. Luego, puede que me cojas rencor.

Dando la vuelta a la mesa, Doris Winter besó en la mejilla a Muller.

—Todos nacen con su carácter, señor. Yo nunca podré tenerle rencor porque usted es un buen hombre, como también lo es Luke. A su modo. Equivocado, pero sin maldad.

—Tráemelo, y a lo mejor, le puedo encauzar hacia otro camino. También en mi profesión necesitamos pistoleros valientes.

—Quiere hacerse rico pronto.

—Entonces... Dios te proteja, ruña. Hasta pronto.

CAPÍTULO VII

Rod Corbet expuso triunfalmente:

—¿Se dio cuenta, jefe? Cocinando soy un talento.

—He comido peor —admitió Bronson—. ¿Dónde está Clara?

—Quiere encontrar trabajo. Salió a buscarlo y lo encontrará, porque estando a secas, es bonita. Oiga, jefe, están hurgando en la puerta.

—Ellas dos tienen llave.

Corbet abandonó su confortable asiento para enfocar hacia la puerta su «Luger».

Entró Doris Winter. Discretamente, insinuó Corbet:

—Puedo darme un paseo por la ciudad, jefe.

—Quédate, Rod —pidió Doris.

Corbet se irguió ofendido:

—Oiga, usted, que yo le estaba hablando al jefe, y no recibo órdenes de...

—Quédate, pollino.

—Eso es otra cosa. Me quedo, jefe.

—Os están buscando a los dos, Luke. Un sargento de policía muy bestia. Burt Kovac. Dicen que recibe paga de O'Connor y Flaherty.

—¿Ves tú, Rod? Más tarde, cuando ya estemos funcionando a modo, lo primero es darle pasta a un policía.

—Por un Kovac, hay diez Muller —rebatía ella.

—¿Quién es ese Muller?

—Un policía honrado que los hay, aun en el podrida Chicago, Luke. Pero lo que ahora urge es que os ausentéis.

—Ni hablar.

—Es que Pat Shannon se fue este mediodía. Me fui a comer al restaurante donde va Myrna. Y Shanon se ha ido.

—Caray. Entonces, hay alijo a la vista.

—Si me prometieras algo, Luke, yo te facilitaría lo que he averiguado.

—Venga a ver.

—Con el dinero que saques de este asunto... nos iremos al Canadá. Allá hay negocios productivos y honrados.

—Cuando tenga un cuarto de millón, iré al Canadá. Como turista. Es la cantidad que me he fijado. Un cuarto de millón para mí, y otro para este pelanas.

—Así se habla, jefe. Vamos a por ellos.

—¿Conoces Green Bay, Luke?

—Un estuario del Michigan en el Wisconsin. Tienen un equipo de pelota-base de categoría.

—Hay también hangares de conservería. Y mucho camionaje de transporte. No sé dónde exactamente, pero en la Bahía recogen y cargan el camión. Desde Green Bay hasta Waltown conduce sólo Pat Shanon. Me lo explicó Myrna. Parece que en esta carretera están sobornados los motoristas.

—Tienen trayecto libre hasta Waltown. ¿Y aquí, qué pasa?

—En el viraje del puente sobre el Mendoza, a media milla de Waltown, suben al camión Tim O'Connor, Jaok Marvin y Jimmy Gaylord.

—Ajá. ¿Luego?

—Otros dos, suben en la bifurcación de frontera, en Kenosha. Así saben si hay motoristas rodando.

—Ajá. Apúntame iodo eso, Dora. Eres una chica lista.

—He comprado el plano de carreteras de Wisconsin a Illinois.

—Ajá. Esta muchacha es un prodigio.

Ella desdoblaba un plano. Rasgó la mitad, explicando:

—Solamente interesa esta parte que es la del Este, la de carreteras junto al lago. Con el lápiz, te marco la rata que sigue el camión. Este circulito te señala Waltown, donde suben en la curva del puente, Tim y los otros dos.

Esta línea es la frontera de los dos Estados.

—¿Qué marca el camión? Si lo sabes.

—Un «Leyland» gris plomo, con lona del mismo color.

—Visto. El golpe está claro. Saltarle a Shanon sobre el lomo, antes de Waltown. Pero hemos de reconocer la ruta desde: Green Bay hasta Waltown.

—Shanon no llega allá hasta la noche. Para el camino de regreso, eligen las horas muertas.

—Caray. ¿Eso qué es?

—De la una de la madrugada hasta las seis. ¿Cómo piensas reconocer la carretera, Luke?

—Habrá alguna línea de viajeros.

—Un autocar llamado el Norteño Azul, sale a las cuatro de la tarde. Tiene parada en Appleton, que dista cinco millas de Green Bay. Te lo apunto aquí, Luke.

—La cosa va sobre ruedas.

Corbet acabó de vestirse, controlando primero el buen funcionamiento de la «Luger».

Mirándose en un espejo, comentó Bronson:

—Será la levadura de cerveza, pero me voy salvando. Tengo las mejillas como las de un bebé de casa rica. Lisas y limpias.

—¿Qué harás con Pat Shanon, Luke? —preguntó ella.

—Bastará impedir que nos vea. Bien atado y con mordaza, lo echaré a descansar un rato sobre cualquier pastizal.

—¿Y con la carga qué piensas hacer?

—Tengo mi idea. Una idea estupenda, de tan sencilla. El camión, ya veré. Estaremos ausentes unos días, Dora. Cuando Tim se quede sin camión, se pondrá fogoso. Me esperarás en otro sitio.

—¿Dónde?

Apoyó Bronson el índice en la estrella que señalaba en el mapa, la capital de Wisconsin:

—En Madison habrá un Hotel del Comercio, porque tío falla. Todas las ciudades de más de mil casas, tienen un Hotel del Comercio. Te hospedas allí con Clara. Le dices que allá podéis obtener un buen contrato. Lo que sea. Cierras bien este piso, y ya apareceremos por Madison.

—Puedo ir con vosotros hasta Appleton.

—No. Y no pases pena, porque esto es pan comido. Gracias a ti.

—El Norteño Azul, sale de Humboldt Park.

—Echa un vistazo a la escalera, Rod.

—Voy volando, jefe.

A solas con ella, sonrió Bronson:

—Cuídate, muchacha. Si me sale bien este primer negocio, no tendrás que preocuparte por el porvenir.

Ella besó con pasión. El con afecto distraído.

Tenía en la mente los trazos azules del mapa, y el círculo que rodeaba el enlace de virajes de Waltown.

El autocar no estaba completo cuando emprendió la marcha al Norte.

Pudo Bronson elegir asientos equidistantes del *motor* y la entrada posterior. Y también de oídos ajenos.

Corbet contemplaba el paisaje. Cuando el autocar de treinta plazas con sólo ocho pasajeros, atravesaba un pueblo, masculló Corbet:

—Yo diría algo, jefe, pero a lo mejor se enfada.

—Entonces, calla.

En la frontera de los estados de Wisconsin e Illinois, el autocar no se detuvo. No había aranceles ni prohibiciones entre ambos estados, unidos comercialmente por un Tratado.

En Janesville bajaron dos pasajeros. Dijo Bronson:

—Me despiertas cuando lleguemos a Fondulac, pimpollo.

—¿Dónde está eso?

—Es un apeadero a tres millas de Waltown. Verás el cartel.

—Como usted diga, jefe, pero... Bueno, nada. Usted manda. Le avisaré.

Luke Bronson cerró los párpados, pero no durmió.

A su lado, Rod Corbet empezó a morderse las uñas.

Fondulac era un poblado maderero al sur de un lago. La carretera que unía Fondulac con Appleton, serpenteaba por entre extensos bosques de abetos.

La temperatura no tenía nada de primaveral a las siete de la noche. Era grato el fuego de leños que calentaba la sala de una de las fondas del poblado.

Corbet cenó con el mismo apetito que Bronson. Miró con recelo la caja de habanos que tendía Bronson:

—Escoge uno, pelanas. No reparo en gastos en las grandes ocasiones.

—¿Puro y todo? Esto es una cena de fiesta.

—Diste con la palabra. Fiesta. Y ahora, un paseo para despejar la sesera y la sangre.

—Por fuera hace un tarillo que corta el forro de los riñones.

—Pero vivifica la sangre.

La calle principal quedaba amparada de los vientos este y montañoero. Pero al ascender para terminar en la explanada al oeste del lago, un áspero viento hizo encoger el cuello a Corbet.

Plataformas de troncos se apilaban a trechos. Serían transportados aguas abajo por los «rodadores».

Las masas de troncos protegían del viento. La que eligió Bronson para sentarse, permitía ver entre macizos de arbolado, la cinta de la carretera.

Era identificable por las alambradas y postes pintados que protegían los trechos donde los virajes bordeaban abismos.

—Ahora ya puedes hablar, pelanas. De lo que sea.

Corbet arrancó un tallo de hierba. Lo mordisqueó.

—Es difícil de decir. Primero, quisiera saber si está usted enamorado de Doris.

—Estoy enamorado de las pecas que me adornan la piel, y quiero conservarlas. ¿A qué viene la pregunta, Rod?

—Yo estoy muy dispuesto a jugarme el bigote. Usted me dice que vayamos al puente, y allá voy. Lo que sea. Pero de modo que si he de quedarme tieso, que no sea con rabia.

—¿Qué te da rabia?

—Pensar que nos pueden haber preparado la fosa.

—Ya me olí yo que no eres tan borrico como pareces.

—Es que jugarme el bigote, me aclara la mollera. Yo no es que diga que Doris sea... en fin... usted ya comprende, ¿no?

—Tenemos el plano, sabemos por dónde anda sólo Pat Shanon. Lo sabemos todo.

—¡Ahí está! Sabemos demasiado. También tiene guasa que así, de buenas a primeras, la novia de Shanon le sople todo a Doris.

—Las mujeres hablan por los codos.

—Puede que sí. Bueno, yo ya eché fuera lo que tenía dentro.

—Y supones que Doris nos ha preparado la gran encerrona. Si nos acercamos a la carretera de Green Bay, en vez de Pat Shanon a solas, nos hallaremos con un par de ametralladoras asomando bajo el toldo, por entre los barriles.

—¡Dio usted en plena diana, jefe!

—Y si esperamos por el puente de Waltown, Tim y sus dos lobos, nos acribillarán como a perdices.

—Está usted en todo.

—No somos perdices que acuden al reclamo, Rod. Da lo mismo que nos haya querido enredar Doris... Duele un poco, pero da lo mismo. Como decía no sé quién, lo que no mata endurece. Hay que endurecerse, Rod. Estas carreteras con tantas vueltas y virajes, nos lo demuestran.

—¿Cómo, que no lo veo?

—Nada es recto en el camino de los que quieren hacerse ricos pronto y sin reparar en medios. Demos por supuesto que Tim compró a Doris, para que nos engatusara. Dije por supuesto, no por cierto.

—Claro, claro.

—Pero como tenemos una sola piel, toda precaución es poca. Vamos a ver... Salvado el puente, el camión ha de rodar en primera. Estarán agazapados Tim y dos más. Esperando por si nos asomamos. Hacia la una, Pat al volante, irá acechando por donde mejor podemos asomar. Se trata de escoger el punto más apropiado para nosotros. ¿Estamos?

—De lleno, jefe.

—Podríamos dejar el asunto, si como sospechamos están sobre aviso. Porque Myrna nunca hubiera dado tantos detalles. No acabo de ver la razón por la cual Doris nos engañó y tan miserablemente, pero no es esto lo que hay que resolver ahora. Ahora se trata de ver cómo un camión con licor, nos dará toda la ganancia limpia.

—Eso es, jefe. ¿Cómo?

—Seguro que Tim sabe ya que cogimos el autocar de las cuatro. Con preguntarle al cobrador, sabrá que dos tipos de nuestra pinta, bajaron en Fondulac. Entonces, Tim sacará una deducción sencilla. Pensará que hemos planeado liquidarlos en el puente, porque somos dos novatos.

El lejano aullido de un lobo hizo respingar a Corbet que rezongó:

—Oiga, hay lobos.

—Por todas partes, zopenca. Bueno, escogí ya el sitio adecuado. Un trozo de carretera precioso entre Wausan y Portage. En el mapa

forma más «eses» que un borracho patinando por una pista jabonosa. Están marcadas las cotas de pendiente. Por fuerza, han de subir en primera.

Poniéndose en pie, agregó Bronson:

—Pat Shanon irá solo al volante, y bajo el toldo los barriles, y un par de fusiles ametralladores por lo menos. Vamos a caminar por fuera de la carretera, Rod. Vaya nohecita, ¿eh?

—Vaya que sí. Fría cómo... yo que sé...

—La vida es una timba, Rod. Llega un momento en que hay que apostar a modo. Esta noche se trata de hacer fortuna o excavar nuestra tumba. Si quieres, lo dejamos. Contesta.

—Donde vaya usted, allá voy, jefe.

—Andando.

Senderos de leñadores y cazadores. Se alejaban de la carretera asfaltada, y de vez en cuando, oteaba Bronson orientándose. Entornados los párpados, en lentos giros de cabeza, latente en sus gestos su ascendencia india. Unas luces rielaban en la tersa superficie de un remanso. Formaban como un camino suspendido en el aire entre dos masas oscuras.

—El puente de Waltown, Rod. Todo hierro. Une la carretera que pasa por dos túneles. ¿Conoces a Pat Shanon?

—Ni de lejos.

—Figúrate que vas al volante, muy escamado. Llevas atrás una carga, con dos o tres compinches de gatillo fácil. Éste es el negocio, Rod. Pararlos sin que nos paren los pies para siempre. Me quedan unas horas para dar con el truco. Hemos de dejar Waltown atrás.

—¿Y aquél estupendo truco de cogerles el sidecar y el uniforme a dos motoristas?

—Se lo conté a Doris, ¿no?

—Es verdad. Ya lo saben ellos.

El sendero subía hacia otro poblado de leñadores. Se amontonaban troncos descortezados, en pirámides contenidas en su base por el hábil empleo de cuñas.

Más allá de Waltown, la carretera desde Wausan a Portage formaba ochos que no cerraban en el mismo plano de altura, sino en desnivel.

CAPÍTULO VIII

Pat Shanon conducía con fácil dominio del volante. Sabía que hasta Waltown no habría motoristas preguntones.

Estaba solo en la carlinga delantera. Pero confortado por la oculta presencia de Tim

O'Connor

y sus dos segundos: Jack Marvin y Jim Gaylord. La carretera podía estar oscura en largos tramos, pero la luz lunar era suficiente para distinguir dos sombras surgiendo.

Eran cándidos aquellos dos novatos. Pensaban, como otros antes de morir, que era fácil apoderarse de un cargamento de licor.

Bastaba esperar en una pendiente, donde el motor resoplara fatigosamente. Demasiado fácil.

Por la abertura rectangular del respaldo en la carrocería, avisó O'Connor.

—Los dos pichones quieren el camión intacto, Pat. Déjales aproximarse. Puede que corten el paso con un sidecar patrullero. Y hasta Batelville, no hay patrulleros legítimos esta noche. ¿Comprendido, Pat?

—Les dejaré acercarse todo lo que quieran, patrón.

—Eso es. Les verás bien las manos. Si las llevan con herramienta, dispara. Pero se presentarán con buenos modos.

En el interior, comentó Marvin:

—Habrán pensado que será mejor suplantar a los del puente. Hemos dejado ya atrás el paso de Portage.

—Puede que consideren más seguro esperar en el puente. Pero les atraerá más meterse con Pat, y después, desde el camión, rociar con plomo a los que en el puente hagan señales para subir. Así lo veo yo.

—Si han ido al puente, y han visto que no hay nadie, pensarán que hay trampa.

—Estos dos no piensan. Tienen hambre de dinero. Me apuesto cinco a uno, a que intentarán el golpe pensando en el camión llevado por Pat a solas. Ya veréis cómo es así.

El camión roncaba a medida que la cuneta formaba virajes de escalada por la colina de Wausan.

Pat Shanon veía cómo los faros emblanquinaban roquizes, arboleda, y a la derecha, la alambrada protectora. Abajo, el río, unas veces ruidoso, otras susurrantes.

En la cima, la serrería de Wausan, apagadas ya sus luces. Todo era quietud, sólo truncada por el ronquido del motor.

El «Leyland» rozaba con la lona ramas bajas, cuando Pat Shanon presintió que se aproximaba un momento decisivo.

Terminaba el viraje y penetraba en recta llama de la cumbre de la colina, cuando gritó Shanon:

—¡Se nos echan encima, se nos...!

Le cortó la frase el granizo de balas que hizo saltar los cristales del parabrisas.

Pat Shanon murió sobre el volante, asiendo por instinto la palanca de freno.

Un «Chevrolet» negro, torpedo, que aguardaba en la recta, faros apagados, embolsó y al paso, roció a altura de pecho y rostro, la carlinga.

El camión se ladeó levemente al entrar en la cuneta sobre el lado izquierdo.

Desde el «Chevrolet», otra doble ráfaga, crepitó hacia el asfalto. Reventaron dos neumáticos del camión.

El torpedo desapareció por el viraje, pero chirriaron agudamente sus frenos y cauchos.

Viraba para reemprender su pasada de muerte.

Jim Gaylord saltó el primero, porque sabía lo que iba a seguir. Y uno de ellos tenía que evitarlo.

Intentarían incendiar la lona para echar fuera a los ocupantes protegidos por los barriles.

Pero la acción había sido planeada por técnicos.

Dado Sforza era el cerebro, y la acción era dirigida por su lugarteniente Rudi Lamberto.

En su rápida ejecución, intervenían, a pie, desde delante, dos buenos tiradores.

No les fue difícil taladrar de arriba abajo a Jim Gaylord. Y seguir avanzando, corriendo, hasta parapetarse, subidos al estribo derecho.

Raudo, el «Chevrolet» iniciaba su veloz acometida en sentido inverso.

Cogía ya impulso el brazo del que llevaba la esponja empapada en gasolina, encendida. El objetivo era el techo de lona.

Dispararon a la vez desde el estribo hacia dentro, y desde dentro hacia el «Chevrolet».

Pero la esponja describió su arco, y cayó donde era destinada. Uno del estribo chocó de nuca contra el guardabarros. El otro *gánster* logró alzar una esquina de la lona.

El «Chevrolet» volvió a chirriar, viró, y apagados los faros, se detuvo. Su radiador daba frente al del camión parado.

Dos hombres saltaron del «Chevrolet», corriendo hacia la escarpadura lateral. Otro, el del volante, tardó unos segundos más.

Jack Marvin saltó a tierra. No quería ser acribillado, sin defensa, tosiendo y medio asfixiado.

Tim

O'Connor

se daba valor, gritando incoherencias, pero sin decidirse a abandonar los barriles.

Consiguió acertar por segunda vez, y la lona venteando a la ráfaga, pareció impulsar al pistolero asaltante, que perdió con la vida, su posición ventajosa.

Pero ya estaban logrados los objetivos señalados por Dado Sforza.

Rudi Lamberto disparaba desde debajo de la caja, y cortó el avance de Jack Marvin.

Los otros dos penetraban en la carlinga. Uno para encaramarse sobre la lona, donde azotó con un jirón de tela, la llama que él mismo había prendido.

Cogido entre dos fuegos, desde la carlinga y a un todo, Tim O'Connor

murió bañado en alcohol.

Las balas que le taladraban, abrieron orificios en un barril.

—¡Berto! ¡Al camión!

Una tarea ejecutada velozmente, donde cada minuto valía miles de dólares.

Más allá del «Chevrolet», estaba el camión «Man» propiedad de Dado Sforza, vacío. Asomaban las tablas pasarelas, para facilitar el transporte de una a otra caja de camión.

Luke Bronson daba sus últimas instrucciones:

—Después de la recta, volverá a poner primera. Será el momento. El camión lo volcaremos. Los barriles quedarán escondidos aquí mismo, en esta fosa. No necesitamos ni transportarlos. Nos los pagarán cuidándose el comprador del transporte... ¿Qué te pasa, Rod?

Corbet que estaba ya tomando posiciones, señaló hacia la cinta asfaltada que ascendía. Murmuró Bronson:

—Todavía tardará diez minutos en llegar, pelanas.

No te pongas nervioso antes de tiempo, caray.

Pero Corbet persistía en señalar, no hacía los virajes por donde remontaba el camión, sino hacia la recta que desde el talud, dominaban:

Y Luke Bronson estrechó los párpados en rendija.

Veía avanzar, faros apagados, dos masas. Una mayor, que se detuvo muy adherida al lado rocoso. Saltó una silueta.

Corrió hacia el coche, y apenas subió al estribo, el «Chevrolet» negro, embaló.

Crepitaron los disparos al surgir del viraje el «Leyland».

—¡Nos están robando! —bramó Corbet, indignado.

Corría a saltos tras Bronson, bajando hacia la carretera.

Distaban unos trescientos metros de donde se estaba librando el breve combate.

Rudi Lamberto estaba ultimando la matanza, cuando Bronson llegó a su objetivo. Tocaba una de las pasarelas que sobresalían del borde inferior de la caja del camión de Sforza.

A su lado, resollando, oyó también Corbet la orden de Lamberto:

—¡Berto! ¡Al camión!

Subió Corbet con la misma rapidez que Bronson. Andando primero a gatas por uno de los maderos planos.

El camión «Man» arrancó, pasando al lado del «Leyland». Viró a la derecha, y dando marcha atrás vino a detener su tren posterior a escasa distancia del otro.

Desde el interior del «Levland», Rudi Lamberto y Guido Parker atrajeron los tablones. Tenían talco y resina que facilitaba el rodar de los barriles.

A un lado de su camión, se encaramó Berto Guscio anunciando:

—Dejaron tieso a Bill. Y Lorenz da las últimas boqueadas.

Rodaron ya los primeros barriles. Bamboleándose fueron a inmovilizarse al lugar más oscuro del camión, contra el tabique de respaldo.

Los pistoleros actuaban aprisa. Los disparos podían haber sido oídos. Podían acudir leñadores curiosos. También había vigilantes rurales en las serrerías.

Empujando el cuarto barril, comentó Lamberto:

—Buena carga. Estaba Dado en lo cierto.

Entre sus dos compañeros, empujaba Guscio con vigor. Rudi Lamberto iba apreciando:

—De quince galones cada uno. Manejables... Ey... ¡Quietos!

Tres barriles siguieron rodando hasta chocar contra los otros.

Los tres pistoleros permanecieron inmóviles, pero en forma especial. Dos de ellos, pistolas en mano.

Rudi Lamberto, sujetando la culata de un «Thompson» bajo el sobaco, apartaba una esquina de la lona.

Se aproximaba un coche, faros encendidos.

—Van a parar y preguntarnos si necesitamos ayuda, Rudi —susurró Guido Parker.

—Peor para ellos. Haber escogido otra hora para viajar.

El turismo conducido por un viajante de comercio, se acercaba. Pero el conductor frenó al desembocar en la recta.

Veía hombres tendidos sobre el asfalto. Accidentados, sí... Cinco. Pero yacían en extrañas posturas.

El viajante de comercio dio precipitadamente marcha atrás. Sudaba febrilmente, mientras maniobraba atento a dos detalles de vital importancia. No despeñarse, y a la vez huir de aquel siniestro lugar donde un camión detenido, le daba frente.

Recuperó el mando, emprendiendo veloz descenso hacia Portage.

—¡Aprisa! ¡Este tipo avisará! ¡Aprisa, vosotros! Vete a poner los calzos a los barriles, Berto —ordenó Lamberto.

Guscio obedeció, empujando a la vez un barril.

Era musculoso. Logró ponerlo en pie. Perdió la vertical al recibir el seco culatazo que le asestaba Bronson.

Resonó como el mazazo que calzaba los tacos triangulares de madera, destinados a impedir que resbalasen los panzudos recipientes.

Otros dos barriles rodaron, pero chocando, retrocedieron.

—¡Idiota! ¡No apuntales los otros, sino éstos, Berto! —gritó Parker—. ¡Ey, Berto!

El primero en reaccionar fue Rudi Lamberto. Trató de recoger su ametrallador dejado contra la cruceta.

Lo hizo tirándose a lo largo, mientras Guido Parker disparaba hacia las sombras movientes.

Rod Corbet disparó con avaricia. Una sola vez.

La frente de Guido Parker estalló en color densamente rojo.

Bronson en su zambullida, estaba ya montando por la espalda a Lamberto, cuya diestra tocaba ya la culata del ametrallador.

En la nuca del lugarteniente de Dado Sforza, restalló el culatazo de la «Savage» sin estrenar, y con cargador sencillo.

Cogió Bronson el ametrallador.

—Échalos aquí, pelanas.

Corbet empujaba al desvanecido Berto Guscio por una pasarela. Quedó tendido entre Lamberto y Guido Parker.

Los restantes seis barriles caracolearon contra los otros.

Al volante del «Man», Corbet lo hizo avanzar un poco. Atrás, pudo Bronson alzar la compuerta de cierre.

—Ahora vira con calma, pimpollo. Con calma. Hay fosas a la izquierda. Con calma, pelanas.

Rod Corbet viró con calma. Bronson acabó de pasar los sujetadores de hierro por fuera.

Bajando de un salto, entró en la carlinga, cuando ya Corbet terminaba la peligrosa maniobra de virar en cinco tiempos.

Iba a acelerar cuando vio los cuerpos tendidos. Frenando en seco, dijo en tono de excusa:

—Están bien muertos, pero pasarles encima, se me hace cuesta arriba, jefe.

—Cada quisque tiene derecho a sus sensiblerías. Aguarda.

Bajó Bronson y con la culata del ametrallador fue empujando los dos cadáveres que estaban entre el camión «Leyland» ladeado y la

alambrada.

Los empujó bajo el «Leyland».

De nuevo junto a Corbet que ya embalaba, comentó:

—¿Ves tú? Todo en regla. Ahora sácale el máximo, pollo.

—El del turismo que escapó por pelillos...

—Estará avisando. Desde Portage avisarán a Waltown. Por eso mismo, hay que darse prisa.

—Nos cerrarán el paso, jefe.

—Cada barril pesa quince galones. Y tú, sesenta kilos los llevas hasta la fosa que escogí, ¿o no los llevas?

—¡Cómo un rayo, jefe! Buen cacharro éste. Es una lástima perderlo.

—No tardarán ni media hora en darse cita en esta carretera, nubarrones de policías ¡Aquí mismo, Rod!

Frenó Corbet en seco, y avisó:

—El freno puede fallar, jefe.

—Calzo las ruedas. Baja ya.

Quince minutos de sudorosa y constante actividad.

Los barriles bajaban suavemente por la pendiente en declive. Cuando estuvieron amontonados, ya sabía Corbet lo que debía hacer.

Hojarasca, ramas y cortezas mal desbastadas con sus trozos de tronco, fueron rellenoando una de las fosas abiertas para calcinar.

No volverían aquellas fosas a ser empleadas hasta fines de verano por los carboneros.

Luke Bronson llevó el «Man» a unos dos kilómetros. Condujo un instante, por la pendiente. Mantenía abierta la portezuela con un pie en el estribo.

El «Man» aceleraba por su propio peso. Dio Bronson un brusco giro al volante, y saltó fuera.

El camión derribó parte de la empalizada de seguridad, antes de quedar unos instantes con las ruedas delanteras en alto, girando.

Después pareció como si fuese absorbido por el rumor del río, deslizándose por su cauce, unos veinte metros más abajo.

Los crujientes tumbos del «Man» apenas se oyeron, porque las sirenas policiales procedentes de Waltown acudían aullando.

Tenían el camino menos accidentado que los motoristas procedentes de Portage.

Bronson y Corbet avanzaban a través del bosque. Corbet pensaba en el fusil ametrallador que también formaba parte del botín oculto con los barriles.

—Amaneceremos en Madison, pelanas. Hotel del Comercio. Todo en regla.

—Diecinueve barriles, ya que estos idiotas estropearon uno, multiplicado por quince galones, echa una cantidad de litros suculenta.

—El periódico vendrá interesante mañana, Rod.

—Oiga, jefe... La chica no esperará en el Hotel del Comercio.

—Mejor para ella. No me gusta pensar en lo que podría hacerle si vuelvo a tenerla delante. Decías tú que diecinueve por quince, suman un buen fajo de billetes de los grandes.

—Que se puede llevar cualquier vagabundo que se siente a refrescarse bajo un pino y le de por remover la hierba donde no debe.

—Venderemos en Madison. Cotizan a diez el litro, en barril. Dejándolo a siete, nos los arrebatan de las manos.

—¿Quién, jefe?

—Con doce mil, tenemos ya para comprar camión, coche y alquilar un caserón en las afueras de Chicago.

—Pena de camión que dejamos tirado, jefe.

—Lo que delata es el camión ajeno, porque si lo empleamos, pronto nos localizan. Llevando el nuestro propio, estamos ya camino de la ampliación del negocio. Basta ahora, saber elegir a unos tres o cuatro tipos como nosotros.

—Dos quedaron vivos, jefe.

—Achacarán los trompazos a un superviviente de la pandilla de O'Connor.

Vete ya aprendiendo las interioridades del negocio, pelanas. Toma nota, y medita en los fallos. En este trasiego de *whisky*, al menor descuido, de lobo te convierten en pellejo de borrego. Medita.

Crispando las facciones, Corbet dio a entender que meditaba, mientras iban bajando hacia el valle de Madison.

CAPÍTULO IX

La policía rural formó dos barreras. Una impidiendo el tránsito a los automovilistas procedentes del sur, y otra a los del norte.

Pero no eran horas de mucho tráfico por aquel ramal accidentado.

Los periodistas acudieron a la Brigada Criminal de Madison. La identificación laboriosa, que por la matrícula del «Chevrolet», hizo que a las cuatro de la madrugada, la línea telefónica especial con Chicago funcionase constantemente.

La primera deducción fue la que se publicó en «Ultima Hora» de la edición matinal. Una banda procedente de Chicago había atacado a los contrabandistas del *gang* de Tim O'Connor.

El camión de los atacantes se había despeñado. Contestaban con incoherencias los dos únicos que fueron hallados con vida.

Uno de ellos tenía excusa por sus vaguedades, ya que sufría conmoción cerebral. El otro, más resistente, se mantenía en negativas constantes.

Admitía llamarse Rudi Lamberto, porque en su camisa de seda, llevaba bordados los dos nombres y una rúbrica caprichosa.

Admitió que el «Chevrolet» era propiedad de Dado Sforza.

Pero juraba y perjuraba que estaba paseando con cuatro amigos suyos, cuando repentinamente fueron atacados.

—Tuvimos que defendernos, ¿no? —repetía.

Un policía exasperado, le sacudió la cabeza, cogiéndole de los cabellos. Rudi Lamberto protestó:

—Con malos modales no vamos a ningún lado, Dado Sforza tiene buenos amigos en el Congreso. Hizo destituir a algunos que aplicaban el tercer grado... ¡Ey, no vuelva a tocarme! Estoy

malherido, caramba. A ver si tenemos un poco de civismo.

—A ti te sobra cinismo.

—Dije civismo, analfabeto. Y ya no abro más la boca. Hasta que venga mi abogado. Es también un abuso lo que pasa. Encima que fuimos atracados...

El bofetón no era muy fuerte. Pero Rudi Lamberto lo aprovechó para fingir un oportuno desvanecimiento.

El Hotel del Comercio estaba al término de una de las avenidas paralelas de la franja sólida de Madison. Una ciudad matemáticamente concebida, entre dos lagos por donde navegaban aún piraguas indias.

Un conserje malhumorado, porque aún no sentía la tibieza del desayuno, llamó a una camarera, también adormilada.

—Habitaciones 14 y 16. Acompañe.

Firmó primero Corbet y luego Bronson.

En las dos habitaciones comunicantes, Corbet empezó a desnudarse, ansioso por hundirse en la blandura del sueño, sin importarle la calidad del colchón.

Bronson comunicó con recepción. Preguntó:

—¿Está inscrita una señorita llamada Doris Winter?

Estaba seguro que la respuesta sería negativa. Lo fue. Complementada por otra información:

—Ninguna señorita se ha registrado en el hotel, desde hace más de quince fechas.

Se durmió porque físicamente estaba al borde del agotamiento.

No quería tampoco pensar en su reacción, cuando la viera de nuevo ante Doris Winter.

—Atengámonos a los hechos evidentes, mi querido señor —objetó, con displicencia, el abogado—. Mis dos clientes fueron hallados sin sentido, sin armas, y evidentemente, víctimas de un atentado alevoso. El «*habeas corpus*» que presento está plenamente de acuerdo con la solicitud de libertad.

El comisario suspiró con reprimido enojo.

Su ayudante, menos diplomático, manifestó:

—El camión apestaba a *whisky*.

—Yo puedo oler a gasolina, sin ser un coche, mi buen señor —replicó altanero el abogado.

—¡La banda de
O'Connor

transportaba alcohol, y fue atacada por los pistoleros de Sforza!

—Lo que usted pueda imaginar, y la evidente realidad demostrada, son dos cosas opuestas, mi buen señor. He entregado el «babeas corpus», y han de ser puestos inmediatamente en libertad mis patrocinados Rudi Lamberto y Albert Guscio. ¿Les encontraron armas?

—Las había en torno.

—Puedo desvanecerme en una armería, y ser hallado rodeado de arsenales, sin por ello incurrir en penalidad ni en sus iras, señor ayudante.

El comisario se encogió de hombros:

—No discutas más, Adams. Entrega los ciudadanos honorables y víctimas de asalto, a este caballero. Previo pago de la fianza de cinco mil por barba.

Llovía intensamente. Rod Corbet terminaba de vestirse, cuando tuvo una idea:

—Esto nos favorece, jefe. La lluvia alisará los hierbajos sobre los toneles. Así ningún vagabundo nos robará el botín. Pero el fusil...

—Lo envolví en lona. Hay que tratar con mimo las herramientas de trabajo, pollino. Vamos.

—Hemos dormido a fondo, y nos sentó. Vaya nohecita, jefe. No cabe duda que cualquier patrón de tasca, nos pagará a precio de oro lo que nos costó solamente un plomo. Y lo irá a desenterrar.

—Con las debidas precauciones. Tendrá que llevar el dinero en efectivo. Tú te camuflarás, vigilando, por si se les ocurriera querer quedarse con nuestro licor gratuitamente.

—¡Faltaría más! ¿Y la honradez en los tratos, qué? Oiga, entre lobos el que pega primero la dentellada, sale mejor parado, ¿no?

—¿A qué viene esa idea genial?

—El patrón traerá los doce billetes grandes. Podríamos duplicar la ganancia. Le quitamos los doce grandes. Y vendemos la mercancía a otro.

—Quedaríamos descalificados. Tú mismo lo dijiste. En cualquier clase de negocio, cuando llega la hora de tratar, hay que tener honradez. No es lo mismo quitar el alijo a tipos como nosotros, que desvalijar a un comprador. De todos modos, cenaremos en el tren

hacia Chicago.

—Oiga... Pero ¿no vamos a vender primero?

—La operación no puede pagarse con cheque, sino en billetes palpables. Tendrán que sacarlos del Banco, o sea mañana por la mañana. Al atardecer, acudirá el comprador con su camión y dos tipos.

—¿Ya vendió, jefe?

—Mientras terminabas de atracarte de sueño, salí. No fue difícil. Le dije al patrón del *cabaret* «Pocahontas» que, pasando por casualidad, tú y yo encontramos dos camiones y un coche, cuyos ocupantes lo pasaban bárbaro, tiroteándose a mansalva.

—No está mal el cuento —rió Corbet complacido.

—Le dije que cuando quedaron secos los combatientes, trasladamos el licor. Me ofrecía diez mil y le pedí quince. Lo dejamos en doce y medio. Y ahora, vamos a Chicago. Tengo que salir de dudas.

—¿Sobre Doris? La cosa está más que clara, jefe.

—Aclara.

—No ha venido, como quedó usted con ella. Más claro, agua limpia. Se va a llevar el susto padre, cuando le vea asomar, jefe. ¿Se la carga usted, o le barreno la sien yo mismo, ya que usted le tuvo aprecio?

—Tú, quieto.

—Es que le traicionó asquerosamente. ¿Conque Pat Shanon iba a ir solito desde Green Bay a Waltown?, ¿eh? Y aparecieron más fulanos que en un congreso de ganaderos.

—A veces, callándote, estás precioso, pelanas.

—Bueno, cierro el grifo, jefe. Echaré otro sueñecito hasta que lleguemos. ¿Echarán buen pienso en el restaurante del tren?

—Bastará con que rebuznes y te pondrán el pesebre a modo.

—Oiga, no es meterme en sus asuntos, pero como le noto de mala uva, no quiero que lo tome tan a pecho, jefe. Por una hembra que se pierde, diez que están esperando. Es como el tranvía, ¿sabe? Se pierde uno, pero por los mismos rieles, vienen otros... Bueno, ya me callo, jefe. Me callo.

En su piso, Doris Winter fumaba nerviosamente.

Acababan de retirarse los dos pistoleros selectos de Colm Flaherty.

Uno a la cocina, el otro al pasillo.

Colm Flaherty especificó:

—Han tomado el tren de las cinco. Estarán al llegar. No te equivoques, perra. Avisales, y con la misma señal que les hagas, daré yo la que hará saltar los sesos de tu amiguita Clara.

—Clara no debe pagar ninguna culpa suya. Fue precisamente ella misma la que avisó a Tim del golpe que preparaban Bronson y Corbet.

—De acuerdo, pero tengo que averiguar cómo entraron en contacto los de Sforza y tu hombre. Porque ya lo has leído. Los de Dado atacaron. ¿Quién les avisó? Salta a la vista. Tu hombre.

—Luke es incapaz de...

Se calló, perqué Colm Flaherty amagó un revés, y tenía mal genio. Si empezaba a pegar, no acababa. Le era preciso desfogarse.

La miró amenazador. Era truculento, sin tener que esforzarse.

—Yo protegía a Tim, y el licor me pertenece, ahora que ellos fueron tan cobardes que se lo dejaron rapiñar. Y recuérdalo, perra. Si no haces lo que te he dicho, le vuela a Clara el poco seso que le queda. Y después volará el tuyo. Conque a sonsacarle a tu hombre.

—Pensaré que he sido yo quien le avisó a Tim.

—Con la verdad, le convencerás. Comprenderá que Clara quiso ganarse el licor de cada día, haciéndole un favor a Tim.

—Si viene aquí, le extrañará que yo no haya ido a Madison.

—Ya que no puedes explicarle que os tenemos vigiladas, desde que ibais a tomar el tren para Madison, dile que Clara está enferma. Ponte tierna, y cuidado. No me interesa cargarme a tu hombre, sino saber dónde se confabuló con Dado, y dónde escondió el licor. ¿Estamos?

Sonó el timbre.

Colm Flaherty señaló la puerta, mientras abandonaba el salón.

Doris Winter se arregló el cabello en gesto maquinal. Fue a abrir, cuando la mirilla le permitió ver el rostro pecoso de Luke Bronson.

Retrocedió ella presurosa.

Luke Bronson avanzó dos pasos.

Rod Corbet cerró, y se cruzó de brazos, aplicando las espaldas contra la puerta. Su rostro demostraba un desprecio inmenso.

Pensaba que era imperdonable hacer sufrir a su jefe. Merecía mil

tiros de gracia, aquella maldita traidora tan melosa y linda.

Luke Bronson avanzó, fingiendo calma. Apoyó las dos manos sobre el respaldo de una silla.

Ella advirtió precipitadamente:

—Cuidado con lo que vas a decir, Luke. Te equivocarías.

—¿Y cómo sabes que voy a decir algo equivocado, mi vida?

—¡Yo no fui! Myrna me engañó a conciencia, porque estaba ya aleccionada por Tim.

—¿Y quién aleccionó a Tim?

—La pobre Clara. Es una irresponsable. Ella quería asegurarse bebida. Nos oyó, cuando suponíamos que estaba durmiendo. Fue a contárselo a Tim. Y éste preparó la trampa para mataros a los dos.

—Parece mentira lo bien que mientes.

—No miento.

—Entonces, ¿por qué te abultan los ojazos con tanto susto?

—Temo que me juzgues mal, Luke. Es tal como te lo digo. Lo juro.

—¿Por qué no fuiste a contarme todo eso a Madison?

—Clara se puso enferma.

—¿Y tú no?

—¿Qué quieres decir?

—Suponiendo que Clara fuese a contarle todo a Tim, éste quedó enterado de que tú nos facilitabas el negocio. Entonces, ¿cómo es que sigues con vida? ¿Es que Tim te iba a dejar intacta?

—No salí del piso. El tenía que ir a Green Bay.

—¿Y Clara te contó que había ido a chivarse?

—Sí. La pobre es una irresponsable. Necesita la bebida, como otros necesitan comer, para vivir. Creyó que contándole a Tim todo lo que había oído, se aseguraba el frasco diario.

Sin volverse, interrogó Bronson:

—La estás oyendo, pelanas. ¿Qué opinas?

—A mí que me registren, jefe.

—Registrado. Desembucha.

—Puede que esté diciendo la verdad. Es inteligente esta chica. No nos iba a preparar una trampa tan floja, y quedarse esperando aquí, después de leer la prensa, que viene buena.

Luke Bronson se palpó una mejilla. Rezongó fastidiado:

—Se me ha vuelto a irritar la sangruza. ¿Dónde está Clara?

—En la clínica. ¿Quieres... que te prepare comida, Luke?

—No. Cuando hable yo con Clara, sabré si puedo fiarme de ti. A ella, no pienso hacerle nada. Total, es una desgraciada, y yo tuve la culpa. No se debe hablar de cosas serias, estando cerca niñas, locas o borrachas. Se chivan luego, sin mala baba, pero el mal ya está hecho.

Asentía Doris, y agregó Bronson:

—Pero si tú me has engañado, terminarás mal, Dora. Nunca le hice daño a ninguna mujer. Pero si me has engañado, vas lista. Te va a doler mucho, antes de morirte. Porque me dolería a mí. Como si yo que confío de lleno en este pelanas, averiguase que me ha jugado una mala pasada.

—¡Hombre, jefe! Yo antes me dejaría matar, antes que... ¡Parece mentira, hombre, que me compare así! —se quejó Corbet ofendido.

—Era un modo de comparar, Rod. Quería decir que entre lobos todos van a engañarse, y uno está preparado. Pero si le engaña a uno, la persona a quien se le coge afecto, esto sí que duele hondo, caray.

—Tú me engañaste, Luke.

—¿Yo? ¡Caray! Pero ¿qué clase de mujer me estás resultando, que te atreves a acusarme de engaño a mí, a mí precisamente?

—Dijiste que trabajarías sólo con Rod y te aliaste con los de Dado Sforza. La prensa no os menciona a vosotros des, porque no saben como yo que fuisteis...

Luke Bronson avanzó la diestra, en zarpazo repentino.

Asió los cabellos de Doris. No sacudió. La obligó a alzar más la cara. Y silabeó mordiendo las palabras:

—Va de primer y último aviso, mi vida. Nunca más en lo que me quede de aliento, me hables de engaño a mí. Podré engañar a toda la humanidad entera, menos a tres personas: a mí, al pelanas y a ti.

Agrandados los ojos, pestañeó ella como asintiendo. Prosiguió Bronson:

—Si te dije que iba a ir solo con Rod, fue porque fui sólo con Rod. Los de Dado Sforza esperaban y habían escogido un sitio más adelantado. Cuando empezaron a entrar en función, tuvimos que correr.

Soltando los cabellos femeninos, empujó Bronson.

Pero no pudo terminar su propósito. Tuvo que alzar lentamente

los brazos. Por la puerta de la cocina y del pasillo, aparecieron a la vez tres individuos.

Los tres encañonaban las pistolas provistas de silenciador.

El que iba delante, afirmó:

—Como me llamo Colm Flaherty que no habrá muertos, si os portáis como tales.

Contra la puerta, Rod Corbet había alzado también las manos.

Dijo, ceñudo:

—Nos pescaron, jefe. Será la última vez que me cruce yo de brazos en un nido de pájaras tramposas.

CAPÍTULO X

Doris Winter se dejó caer en un sillón. Cubriéndose el rostro con las manos, murmuró:

—Nos tenían en rehén, Luke. Por eso no fui a Madison. Me amenazó Flaherty con matar a Clara, si yo...

Colm Flaherty pegó un revés que restalló contra las manos femeninas.

Un pistolero se avalanzó, hincando el largo tubo del silenciador en el costado de Luke Bronson.

Éste retrocedió, abiertas de nuevo las manos a altura de las sienes.

Flaherty sonrió:

—¿Agresivo el pecoso? Y enamorado como un colegial. Quítale el petardo al otro, Terry.

Avanzó el pistolero que permanecía a un lado. Rod Corbet agachó la frente, siempre encorvados los brazos en alto.

Hacía cálculos de balística rudimentaria. Dar un cabezazo al que se aproximaba no era nada difícil. Pero disparar después, si lo era.

En la trayectoria se interponía Bronson. Una espalda ancha que protegía involuntariamente, al costado, hincándole hierro.

Se resignó.

Pero cuando ya estaba a su lado Terry, Corbet describió un giro de bailarín musculoso y mal intencionado.

Acababa de ver cómo Bronson empleaba a la vez, puños y pies, en doble ataque. La bala que disparó el pistolero, fue a clavarse en la pared. Porque tuvo que encogerse al recibir el patadón en la entrepierna. Simultáneamente, Bronson alzaba el brazo derecho de Flaherty.

Corbet tenía agarrado desde atrás el cuello de Terry. Le aplicaba

rodillazos en la espina dorsal, y forcejeaba para apoderarse de la pistola.

No podía ver que Flaherty había logrado desasirse, y asestaba un culatazo de arriba abajo.

Corbet cesó en su pugna, porque su brazo izquierdo había casi estrangulado a Terry, que flácido al quedarse sin el contrapuesto apoyó del antebrazo y los rodillazos, se desplomó de frente.

Luke Bronson recibía el segundo culatazo.

Esta vez procedente del pistolero sorprendido muy desagradablemente por el puntapié.

Colín Flaherty iba a asestar el golpe definitivo que inmovilizase, pero no hiciese perder el secreto del escondrijo del alcohol robado, cuando se mantuvo un instante como alelado por un súbito estupor.

Sobre su cabeza había estallado en múltiples pedazos un jarrón de porcelana.

La base no se había roto. Compacta, era lo que chocó contra su coronilla.

Convulsa, enfebrecida, Doris Winter esgrimió nuevamente el resto del jarrón, pero ya Bronson, aunque tambaleándose, no necesitaba su ayuda.

Corbet había saltado sobre la espalda del pistolero, y repetía con más contundencia su llave favorita.

Antebrazo izquierdo al cuello en estirón hacia atrás. Rodillazos en los riñones, y asir la diestra rival hacia arriba, de modo que los disparos, si los había, desconchasen el techo.

Le ayudó Bronson.

Se limitó a hundir alternativamente sus puños en el estómago del que, arqueado hacia atrás, ofrecía un blanco demasiado tentador.

Doris corría ya, de regreso, llevando una toalla empapada.

Bronson fue restañándose la sangre de la mejilla y frente. Tuvo que sentarse.

Rod Corbet anunció:

—Vaya cosecha.

Vaciaba los bolsillos de los tres yacentes. Un rollo de billetes sujetos con elástica, era la cartera de los dos pistoleros.

Colín Flaherty, usaba billetero.

Corbet depositó las tres armas con su tubo silenciador sobre la

mesita.

Doris daba ahora suaves masajes en la nuca del pecoso.

—Compréndelo, Luke. Iban a matar a Clara.

—Nada se hubiese perdido, caray.

—Es mi amiga, pese a todo.

—Ya. Pero un poco más, y nos escabechan a todos. Para evitar que muriese una desgraciada, íbamos a pringar.

—Pero ahora ya me crees, ¿verdad que sí?

—Trae algo que sirva para taponar estas brechas. Has estado fenómeno, pelanas. Y también Dora. Le dio a modo a ese fanfarrón. ¿Ves tú, Rod? Nos buscan líos y compromisos. Entramos tranquilamente, y ahora tenemos que apencar con ese trío. ¿Qué hacemos con ellos, pimpollo?

—Si no les quitamos las ganas, volverán a incordiar, jefe. Déjeme que les barrene como marca la tabla. Son tres asesinos de lo peorcito, créame, jefe.

Volvía Doris con alcohol de quemar y esparadrapo. Dijo sin dureza:

—Voy a tutearte, Rod, porque quiero ser tu amiga. Si estos tres son asesinos y lo son, ¿qué serías tú, matándolos a sangre fría?

Corbet meditó un instante. Proclamó triunfalmente:

—¡Legítima defensa! ¿Verdad, jefe? Los mato para que no me maten. Lo escuché en un juicio. El abogado sacó absuelto al de la legítima defensa.

—No dejes que Rod se pierda, Luke. Sin armas, estos tres se irán cuando recobren los sentidos. Será mejor así. Otra vez sabrán que si intentan algo, les dispararéis a dar.

Bronson, mirándose en un espejo, se taponaba con algodón la mejilla y frente. Masculló:

—Por mí, que se pudran. Haz lo que dice Dora, pelanas. Una cosa es balear cuando balean, y otro plomo a tíos que se están quietos.

—Quieto tú, Terry —aconsejó Corbet.

Su puntapié derribó de nuevo al que medio inconsciente, gateaba.

Se arrodilló Corbet junto a Flaherty. Le palpó una sien, y dijo:

—Uno menos, jefe. La piedra era más dura que su cabeza. Suele pasar.

Doris miró aterrorizado hacia el cadáver. Tartamudeó:

—Lo... he mata... do.

—En mí legítima defensa —arguyó Bronson, acabando de adherirse la cruz de esparadrapo en la mejilla.

—Tengo que avisar... al comisario Muller.

—¿Eh? ¿Avisar a quién, dijiste?

—El comisario Muller no me perdonaría si ocultase esto. Yo he matado, pero explicaré cómo sucedió. Desde ayer, dos hombres de Flaherty nos tenían prisioneras. Y pasó...

—Ni hablar. Con lo aficionados que son para preguntar estos comisarios, íbamos los tres a terminar enjaulados. Ni hablar, Dora.

—Yo convenceré a Clara. No tendrá que mencionarte a ti ni a Rod. Mentiremos, diciendo que Flaherty os creía complicados, pero que no era así. La lucha... y maté. Pero no puedo convertirme en una fugitiva acusada de asesinato, Luke.

—¿Quién lo va a saber? ¿Por qué lloras, muchacha? Éstos nos hubieran liquidado sin el menor remilgo.

Rod Corbet prefirió desentenderse de la discusión. Pasó a la cocina.

Atada a una silla, Clara Graham abrió la boca, asombrada.

Corbet fue a remojarse la cara bajo el grifo. Cogió un delantal para secarse.

Lo tiró hecho un amasijo contra la que, atada a la silla, turbios los ojos, se mordió los labios.

—Mírala bien —se invitó Corbet a sí mismo—. La proteges, le das biberón, y luego, como premio, va a chivarse. Un asco.

—Yo, no...

—¡Calla, borracha! Tienes suerte que manda mi jefe, porque si fuera yo el que manda, te iba a barrenar con taladros quemantes. Tu amiga te excusa por irresponsable. Estaríamos listos.

Alzando la voz, especificó Corbet:

—Aquí está la desagradecida del demonio, jefe. ¿Qué va a pasar con ella? ¿También hay que darle una estampita y soltarla?

Apareció Bronson, seguido por Doris que pasó tras la silla, empezando a desanudar. Las cuerdas habían trazado rojos surcos en los brazos y piernas de Clara.

—Ata a los dos atunes. Va a venir el comisario Muller. Te explico luego, pollino. Ata a los dos atunes, dije, ¡caray!

Recogió Corbet las cuerdas y refunfuniendo pasó a la sala. Fue elaborando sólidas ligaduras uniendo muñecas y tobillos.

En la cocina quedaron las dos amigas.

Fue Bronson a sentarse, apoyando en su frente y nuca, alternativamente, una toalla mojada:

—Vamos a medias en todo, Rod. Por eso le dije a Dora que antes de avisar al comisario de marras, he de llegar a un acuerdo contigo. Atribuyen la desaparición del licor a Sforza. Nosotros podemos decir que sí, que pensábamos quedarnos con el licor, porque estos dos atunes hablarán. Pero que se nos adelantó la gente de Dado. ¿Comprendes?

—Algo. ¿Y si nos enchiqieran?

—No nos pasará nada. Si la ley se metiera con las intenciones de los ciudadanos, las calles y casas quedarían vacías. Pregunta, pimpollo.

—¿Y para qué tanta complicación, jefe?

—Para evitar que a mi chica... Escucha... Es diferente un homicidio defendiéndose, que ocultar el jarronazo. Ella iría a presidio. Pero es mi chica, no la tuya. Tienes la palabra, Rod.

—Yo, por mí, volando lejos. Ocultando a estos tres en cualquier cloaca. Sería lo sano. Pero usted manda.

—No, aquí no es cuestión de mando. Se trata de algo distinto. Dora es la hija de «Dedos de Seda». Lo acribillaron cuando estaba atracando. Baleó al comisario Muller, que parece que es un tipo decente. Cuando le han ido mal las cosas a mi chica, Muller le prestó plata. La trata como una especie de padre. ¿Te das cuenta?

—Empiezo.

—La chica no quiere engañar a Muller. Es cuestión de eso que llaman sentido moral. Tampoco a mí me haría maldita la gracia que mi chica fuese a presidio, por defender mi pelleja.

—Puesto así, la cosa cambia. Haga lo mejor para sacar del apuro a su chica. Pero verá como luego, usted y yo, seremos los apurados.

—No, porque Muller es de los que afirman que si los lobos se muerden entre sí, a menos dentelladas tocan los corderos.

—Pero perdemos dinero en este negocio.

Corbet sacó de sus bolsillos los dos fajos a los que había unido los billetes sacados de la cartera de Flaherty.

—El sacrificio no ha de llegar a tanto, pelanas. Ponles un par de

billetes a cada uno en el bolsillo. Como son unos embusteros, no les creerán, si protestan.

—¡Está usted en todas, jefe! —declaró Corbet agradecido.

Entró Doris:

—Clara acepta. Dice que sois nobles, porque otros la hubieran matado. Llamo al comisario, Luke. Dadme las pistolas. Las esconderé.

—Venga y terminemos cuanto antes con este mal trago. ¡Un comisario! Que se pondrá tonto, verás, pelanas. Pero tú, callado. Con esta gente hay que ser pacientes. Tú callado, ¿estamos?

Reincorporándose, asintió Corbet. Dijo:

—Tenemos en caja mil trescientos, bien ganados jefe. La cosa pudo salir bastante peor.

CAPÍTULO XI

Bruno Muller escuchó sin comentarios, mientras dos agentes quitando las cuerdas, las sustituían por esposas.

Un camillero extendía la lona para recoger el cuerpo de Flaherty.

Seguía explicando Doris. Se llevaron a los pistoleros. No aludirían para nada al licor. Dirían que obedecían órdenes, que no sabían nada de nada. Era el sistema para obtener una condena mínima.

Bronson y Corbet aguardaban mirando el techo o las paredes.

Terminó Doris su explicación. Clara reiteró las mismas declaraciones. Mostraba sus brazos y piernas.

Bruno Muller habló por vez primera:

—Vaya con mis hombres, Clara. Para dar por escrito cuanto acaba de explicarme. Vaya. No la interrogarán. Acompañe a la señorita Graham, Jerry. Haga el atestado de acuerdo con sus notas taquigráficas.

Salió el ayudante, acompañando a Clara. Pareció entonces Muller reparar por vez primera en Bronson.

—¿Tiene la bondad de acercar su silla, Bronson?

—Sin bondad.

—Celebro que no aconsejara mal a Doris. La legítima defensa la exculpa. Y los dos granujas confesarán lo de siempre. No saben nada de nada. Cuando les hablemos de *whisky*, pondrán cara de abstemios y hasta preguntarán qué clase de animal se llama *whisky*. ¿Le hace gracia, Corbet?

—Hombre, verás, ha estado usted chistoso.

—Celebro parecérselo. De costumbre no lo soy. Puede también que le cuente un chiste cuando le acompañe a la silla de los

calambres.

—Ostras, qué bestia —dijo Corbet muy bajo.

—Ha escogido el peor de los caminos, Bronson. Podría evitarse un mal fin. Tiene algo muy envidiable. Una mujer enamorada, que es buena, que desea un hogar, un marido.

—No tengo una lata, comisario. Debo ganar dinero.

—En la policía estamos admitiendo hombres decididos. Caen muchos.

—Y caen por una chapa y cinco centavos.

—Pero tienen derecho a un hogar y a ser respetados.

—Después de muertos.

—Bien, no vine a sermonear. Pasemos a las apariencias. Flaherty creía que usted se alió con la gente de Sforza para atacar el camión de Tim. Clara explicó a Tim que ustedes dos pensaban atacar el camión. Pero ella es una mentirosa, naturalmente.

—No, no.

—Ah... Sigamos. Encontraron a Lamberto y Guscio, sin sentido. No había rastro de barriles, salvo uno roto. Cabe pensar en dos deducciones. Una. El camión se despeñó con los barriles, y Dado Sforza escapó. O alguien se llevó los dichosos barriles. Posiblemente, Dado Sforza. Pero él tiene coartadas firmes. Como siempre. ¿Puede decirme algo, Bronson?

—Pregunte a ver.

—¿Fue usted con Corbet a intentar asaltar el camión?

—Sí.

—Vaya... Tiene usted más nobleza que la gentuza a los que pretende imitar. ¿Dónde esperaba el paso del camión?

—En la pendiente hacia el puente de Waltown. Vi salir motoristas a toda prisa. Oímos un coche dándole a la sirena, y le dije a éste: «Rod, algo ha pasado. Hemos perdido la noche».

—Ya. Puede que sea verdad. Hay una denuncia contra usted.

—Nadie es libre de calumnias.

—Le denunció Tim

O'Connor.

Parece que le quitó usted una «Luger» y una cartera con trescientos dólares.

—Tim ha muerto. No me gusta llamar embusteros a los que no pueden carearse conmigo.

—Eso es. No pueden carearse. Bien, Doris. No te ausentes hasta que termine el atestado. Lo siento. Estás enamorada de un hombre que tendrá su lado bueno, pero que ha elegido un camino que conduce fatalmente a la muerte. Buenas noches, Doris.

Llegaba ya Muller a la puerta, cuando giró sobre sus tacones. Tendió el índice hacia los dos hombres.

—La próxima vez que nos veamos no me encontrarán chistoso ni mucho menos. Hasta la vista.

—Siga bien.

Corbet se aseguró que el comisario estaba bajando. Doris anunció:

—Os prepararé algo para cenar. Clara no volverá.

—¿Por qué?

—La llevan al «Lexington».

—¿Eso qué es?

—Una clínica de curación para alcoholizados.

—Mejor para ella. Nos vamos a dar una vuelta, Dora. No tardaremos.

—Voy con vosotros.

—No. Cierra ventanas y puertas. Abre sólo cuando esteraos de regreso.

Por la acera, Bronson reflexionaba. Dijo por fin:

—Será mejor que la deje. Es buena chica. Lo que hace es por mí.

—Pues no la deje. Ella le quiere por lo limpio, y eso vale mucho. Cuando se topa con una chica así, no hay que soltarla. ¿Adónde vamos, jefe?

—A Telégrafos.

—¿Telegrama al que ha de soltar los doce grandes y medio?

—A un judío del Bronx. Al del anillo.

—El trato es el trato, sí, señor.

Entregó Corbet el rollo de trece billetes de cien. Tendió Bronson dos.

—Tu parte de beneficio, pelanas. Cuentas arregladas. Dos para ti, dos para mí, nueve para el viejo Abe. Y mañana tendremos el capital de fundación social.

—¿De qué fundación habla, jefe?

—Nuestra sociedad, pollino. El capital para la compra de camión, coche, alquiler de garaje, y ver venir el negocio sano.

Estamos ya bien lanzados. Tenemos la racha buena.

Acompañando el giro de novecientos a nombre de Abraham Levinson, había un mensaje:

«Remita urgente anillo. *Stop*. Le gustará a mi chica. *Stop*. También a mis viejos. Luke».

Por dirección de envío constaba la de Doris Winter.

Cuando salían de Telégrafos, un hombre les interceptó el paso.

No muy alto, de elegantes modales. Ropa bien cortada. Ojos soñadores, negros. Cabello negrísimo.

La blanca bufanda de seda contrastaba con el abrigo negro. Había un coche esperando.

Al volante, un individuo se calaba la gorra hasta las orejas, cubriendo así el vendaje.

El desconocido sonreía amablemente:

—Buenas noches, Luke Bronson. También a usted, Rod Corbet.

—¿Conoces a este figurín, pelanas?

—Ni idea. ¿Qué le pasa, *dandy*?

—Me llamo Sforza. Dado Sforza. Puede que hayan oído hablar de mí.

Le destellaban los grandes ojos, pero sonreía cariñosamente.

—Me suena, ¿verdad, Rod? No sé de qué. Adiós, y tanto gusto, Sforza.

—No se vayan, por favor.

—Sin favor, nos vamos.

—Perjudicarían a Doris... ¡No, Luke! Sería contraproducente que no me quitase la garra de la bufanda. Es seda pura. Se mancha pronto. Alborotar en plena calle, no conduce a nada, Luke.

—No conduce a nada —y soltando la bufanda blanca, Bronson agregó—: También tú, quieto, Rod.

—Podemos hacer esperar el coche. Dentro están Lamberto y Guscio, dos de mis muchachos. Palabra que están muy descontentos. Quieren reparar su error. ¿Les apetece una copa? En este bar, sirven bien.

—La calle es de todos. Desembucha, Sforza.

Señalando hacia el coche, expuso Sforza:

—Puedo esperarles dentro, mientras comprueban que Doris está ausente de su piso.

—No hace falta. Siga.

—Me extrañó que Flaherty concediese tanta importancia al piso de dos coristas. Envié a uno de mis escuchas. Les felicito. Despachar a Flaherty equivale a disminuir la competencia. Flaherty buscaba el licor creyendo que yo lo tenía. Y no lo tengo.

—Qué pena.

—¿Se da cuenta de la injusticia? Murieron tres de mis muchachos: Guido, Lorenz y Bill. ¿Y por qué murieron? Por un líquido miserable.

—Según la Prensa, también murieron Tim O'Connor y sus tres camioneros.

—Sí. Precisamente uno de ellos, Pat Shanon, dejó viuda a Myrna. Una mujercita desamparada que vino a pedirme protección. Bueno, en realidad, fueron a buscarla de mi parte. Y me habló de usted, Luke, y de Doris Winter. Algo interesantísimo, de veras.

—¡Este tío confitura me da fatigas, jefe!

Sforza miró con ojos acariciantes a Corbet que, agachada la frente, se disponía a embestir.

El brazo izquierdo de Bronson atajó el avance de Corbet.

—No alborotes, Rod.

—Nuestra charla es amistosa, en plena calle, ultimando un negocio. Hombres como usted, Luke, fracasarían solos, aunque valgan mucho. Conmigo llegaría lejos. Tengo amistades influyentes. Vea. Aquél es Berto Guscio. Libre. Al interior, Rudi Lamberto. Libre.

—Abrevie. Al grano. ¿Qué ha hecho con Dora?

—Apenas salieron ustedes, entró mi escucha por la ventana. Telefoneó. Les hemos seguido, mientras mi muchacho trasladaba a sitio más seguro a su novia, Luke. Sin daño ni perjuicio... a menos que pierda usted el buen sentido.

—¿Ha oído hablar del comisario Muller?

—Un policía excelente. Con coraje, pero anticuado. Es insobornable.

—Le voy a contar esta entrevista.

—Hágalo sin el menor reparo, Luke.

—Es una pena que no nazca uno chivato.

—Entre lobos no es preciso aullar. Doris está en mi casa. Si quiere, podemos ir a verla. Está convencida de una cosa. Que usted morirá, irremisiblemente, si no enmienda su grave error inicial, Luke.

—Tan suave habla, que me conmueve. Dado. ¿Puedo enviar a mi segundo a ver cómo sigue Dora? Yo me quedo con usted.

—Podemos ir todos.

—Prefiero estar así, teniéndole a tiro.

—¿Se olvida que Doris le escondió la pistola, Luke? ¡No, no vuelva a ponerme la mano encima, Luke! Le balearían desde el coche, y después, la inocente Doris vería crecer las lechugas por las raíces. Nos está mirando aquel guardia. Llámemele, si quiere.

—Sube al coche, Rod. Delante, con el chófer. Yo puedo ir con usted atrás, Dado. Estaremos más cómodos. Yo tengo el licor. Usted tiene a mi chica. Hagamos el trato, decentemente.

—Así se habla, Luke. Y después, ¿quién sabe? Yo admiro a los tipos listos con temple. Convenza a su segundo de que no hay la menor violencia entre nosotros, sino un trato en marcha.

—¿Oíste, Rod? Quietos. Negocio en marcha.

—De acuerdo, jefe.

—En el fondo, le estoy agradecido, Luke. Habrían pescado a mis muchachos con la carga. Los vieron tendidos, sin armas.

—Se las quité yo, por si pensaban despertarse, disparando —dijo Rod Corbet—. ¿Qué hago ahora, jefe?

—Irás a ver a Dora, y si está sin daño, sabré así que Dado Sforza cumple lo que promete.

—Bien hablado, Luke. Usted primero, por favor.

—Tú delante, Rod.

Corbet se instaló de perfil en el asiento delantero junto a Berto Guscio, que evitó mirarle.

En una esquina del asiento posterior, Rudi Lamberto fue más flexible:

—Celebro verte la cara, Luke. Esta madrugada sólo te oí, cuando ya era un poco tarde.

Ocupó Bronson un sillín plegable, acomodándose también de perfil.

Sentándose, ordenó Sforza:

—A casa, Berto.

El coche arrancó con lentitud. Sforza siguió hablando amablemente:

—Como le estaba diciendo, Luke, podemos llegar a un acuerdo. El licor es mío, ya que murió

O'Connor,

y ha muerto Flaherty. Usted lo malvendería. Tendría que cederlo a un revendedor. Yo lo vendo directamente al consumidor. En mi local.

—Para usted, la carga vale unos treinta mil.

—Seamos más exactos. Usted lo vendería a diez el litro, si encuentra comprador. Yo lo vendo a veinte por frasco. Para mí, su carga vale unos setenta mil. Si para usted Doris vale más de los diez billetes que iba a sacar con muchos riesgos, comprenderá que no cabe para mí el menor titubeo. Deme el licor y recibirá intacta a Doris.

—¿Qué garantías tengo?

—La palabra de Dado Sforza es oro de ley —sonrió Sforza.

En el asiento delantero, recuperó Corbet su buen humor.

Acababa de recordar el fusil ametrallador envuelto en lona, sobre unos barriles.

Se lo hacía recordar lo que estaba diciendo Bronson:

—Tengo los barriles bien escondidos, ¿verdad, Rod? Con su lona y todo. No se han mojado.

—Me agrada su aceptación de las realidades, Luke. Podríamos ir directamente al escondite. Me bastaría con ver el alijo. Regresaríamos, y asunto terminado.

—También sé jugar al póker, y sé que no echa usted faroles, Dado. Pero no verá los barriles, si no deja primero en libertad a Dora.

—Como quiera. Puedes parar, Berto. Los invitados se apean. No aprietes tanto la culata, Rudi. Estos muchachos no pueden morir. Valen para mí, setenta de los grandes. Y nuestro amigo Luke prefiere ganarse diez mil, si es que puede, ya que le importa poco Doris. Es listo, o se lo cree. Una chica muerta, cien vivas esperando turno.

Luke Bronson denegó con el índice:

—No soy tan listo como supone, Sforza. ¡Vamos ya! Carretera del norte, hacia Wausan. Pero con una condición.

—Soy todo oídos, Luke.

—Rod bajará para ver a Dora.

—Y hasta puede quedarse con ella, como angelito guardián. En la espera, puede jugar al póker con dos buenos muchachos, mis ayudas de cámara especiales.

El coche volvió a ponerse en marcha. Prosiguió Sforza:

—A Doris la vigila la propia Myrna. Se cree que Doris tiene parte de culpa en la muerte de su adorado Pat Shanon. El amor es una cosa deliciosa, pero suele estropear los buenos negocios.

—Quiero que Rod suba a ver si Dora está bien.

—Lo está, por ahora. No me agrada destruir inútilmente las obras de arte. Y Doris es una obra de arte. Rod puede verla. Puede también telefonar al comisario Muller. Pero cuando visitasen mi casa, no encontrarían a Doris. Y usted, Luke, ya no la vería nunca más.

—¡Adelante! Quédate, Rod. Hablemos de condiciones, Dado.

—Ya se las he expuesto. Perdió

O'Connor,

y yo también sufrí pérdidas. Un camión inutilizado, tres hombres muertos, y estos dos en malas condiciones que me fueron devueltos mediante pago de fianza de diez mil. Es justo que ahora pida una indemnización.

Luke Bronson presentía que una vez sabido dónde se hallaban los barriles que valoraba en setenta mil, Dado Sforza eliminaría toda prueba.

Ellos dos eran las pruebas vivientes.

Sforza podía parecer afectuoso, pero era Dado Sforza.

—Pensándolo bien, podré meditar un buen arreglo, Sforza.

—Piense, Luke. El trayecto es largo.

Tenía que aparentar que quería garantías.

Después, al ir apartando ramas, cortezas y hojarasca, tocaría la lona en que iba envuelto el «Thompson», con un cargador mediado.

Le sería fácil cogerles por sorpresa. Y mucho más sencillo aún rescatar a Dora.

Berto Guscio conducía expertamente, a su lado, Rod Corbet trataba de pensar en cosas alegres.

—¿Quiere un sorbo del bueno, Luke? Dale el frasco, Rudi.

—No, gracias. Le tengo asco al licor.

—Comprendo su estado de ánimo, Luke... Perder la noche, exponerse a que Flaherty le liquidase, y ahora tener que aceptar la cifra cero con cero, como ganancias, es desesperante.

—Soy joven y tengo mucho por delante.

—Cierto. Pero no es fácil prosperar en este negocio. Cuesta llegar. A mí, estos diecinueve barriles me representan setenta papiros, porque tengo local donde vendo al bebedor y poseo amistades influyentes.

—Todo puede conseguirse con buena voluntad y tesón.

—He tardado mucho en montar mi negocio, Luke. Y muchos cayeron por el camino. A propósito, y antes que se me olvide... ¿Qué hizo usted con el «Thompson» de Rudi?

—¿Y eso qué es?

—Un fusil ametrallador, muchacho —rió Sforza divertido—. Me cae usted bien, muchacho. Tiene agallas y caradura. Volviendo al fusil... En la relación que la Prensa menciona de muertos y armas, no figura el «Thompson» que tuvo que soltar Rudi.

—Despeñé el camión con todo lo que no eran barriles.

—Ya... A unos trescientos metros de donde hubo el tiroteo. Y desde que el viajante de comercio avisó, hasta que llegó la policía por los dos lados opuestos, no transcurrió mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo, Luke?

—No estaba yo para cronometrar, Dado.

—Conozco bien aquella ruta. La hice personalmente, meses y meses. Ahora es Rudi el que la recorre. Estoy considerándole bastante listo, Luke. Me filtro en su pensamiento. Usted se dio cuenta que el viajante avisaría. Este majadero torpe debió pararlo. No lo hizo.

—Escapó tan... —empezaba a excusarse Lamberto.

Sforza lo atajó desdeñoso. Cruzándole la boca con los dos guantes que sujetaba en su diestra.

—Chitón, Rudi. Estás debilitado. Tienes la cabeza algo abollada. Agradécelo a Luke. Porque yo, en su lugar, te habría volado el corcho que tienes por seso, alcornoque.

Rió Corbet. Cariñosamente, comentó Sforza:

—Dios los cría, ellos se juntan, aunque sea accidentalmente. Bien. Luke y yo estamos pensando. El piensa engañarme. Yo deseo evitarle un desengaño. Reconstruyamos. Desde la aparición del

viajante y su fuga, hasta la llegada de la policía, hora publicada por la Prensa, transcurrieron unos treinta minutos. ¿Sí o no, Luke?

—Más o menos, tal vez.

—En este tiempo, usted y Corbet han de esconder diecinueve barriles de quince galones. Los trasladarían con mi camión. Descargan y luego despeñan. ¿Por qué?

—En los bolsillos no nos cabían los barriles.

—No me disgusta su buen humor, muchacho. A su edad, lo tuve. La carretera era ya flanqueada por prados y río. Lejos, titilaban las luces de un pueblo maderero.

—Donde despeñaron el camión hay fosas carboneras, Luke.

—Muchas.

—Pero escogerían la más próxima a la carretera.

Empezó Bronson a pensar en la posibilidad de un «paseo».

Los iban a liquidar.

Sforza iba haciendo sus deducciones con sádica complacencia.

Una amable sonrisa, pero el negro fulgor de sus ojos desmentía su amistosa entonación.

—No es reproche ni mucho menos, Luke, pero para lucir sus talentos debió elegir a otra víctima. No me agrada que me tomen por primo.

—Conste que no tenía yo la menor idea que usted estaba metido en todo el jaleo, Dado.

—Es posible. Pero sabe leer, ¿no?

—Lo menos posible.

—Sin embargo, como el caso le afectaba directamente, leyó la Prensa. Me señalaban bien claramente. ¿Por qué no acudió a tratar conmigo?

—Ignoraba que usted era tratable, Dado.

La risa de Sforza estalló en borbotones. No era ruidosa. Parecían bufidos dolorosos. Por fin, comentó:

—Haría usted carrera, Luke. ¿Qué te pasa, Rudi?

Lamberto había vuelto repetidamente la cabeza. Dijo:

—Creo que nos sigue un coche, patrón.

—La carretera es de todos.

—Es negro. Una estrella en el parabrisas.

—Ah... Los señores policías sienten a veces curiosidad por mis desplazamientos Acorta la marcha, Berto.

Déjales pasar si van a otro sitio. Usted, Luke, recuerde con todo su amor a Doris.

—Pienso en ella, descuide.

El coche aminoró progresivamente su velocidad. Freno hasta detenerse rozando la cuneta.

El coche seguidor pasó, pero se detuvo delante. Bajaron tres hombres. Avanzaron lentamente.

El cuarto permaneció en la cuneta. Parecía un indolente cazador en espera de pieza a cobrar.

La boca de su fusil ametrallador apuntaba un lugar indefinible a metro y medio del asfalto, apoyado el cañón en el antebrazo doblado.

CAPÍTULO XII

Dado Sforza silabeó:

—Lo de siempre, muchachos. Vamos a escoger un coche último modelo, a la factoría de Detroit.

Uno de los policías vino a colocarse junto al chófer, apoyando un pie en el estribo.

El otro hizo lo mismo por el lado de Rudi Lamberto.

Desde la carretera una voz invitó:

—Documentación, por favor.

Bajando, Dado Sforza expuso sonriente:

—Buenas noches, comisario Muller. Íbamos a Detroit.

—Ya conozco el disco. ¿Sus dos invitados son también técnicos en últimos modelos de coches?

—Quieren trabajar en mi local.

Otro coche negro, con estrella en el parabrisas, vino a frenar tras el parachoques trasero del ocupado por los pistoleros y sus invitados. Con la firmeza de convicción de sus influencias, arguyó Sforza:

—Casi parece una redada, comisario.

—Lo es. Entrégueme su arma, Dado.

—Está cometiendo un grave error, comisario.

—Así es cómo aprendo a no cometer otros.

—¡Vosotros dos! Entregad vuestras armas. Tenéis licencia para su uso en viaje por los Estados. Y estamos de viaje.

Rudi Lamberto y Albert Guscio se apearon.

Oirás veces, en idénticas ocasiones, no tardaban ni dos horas en verse libres. El abogado de Sforza era de primera categoría.

Bajó Bronson. Pensaba en Doris Winter, que «no sería encontrada»...

—¿Sforza le obligó a subir, Bronson? —inquirió Muller.

—No. Íbamos de paseo amistoso.

—Vaya al coche, Sforza. Al delantero. Vosotros dos, al de atrás. Andando.

Los policías habían ya cacheado. También a Bronson y a Corbet. Maniobran con mucha cautela. Atentos a cualquier reacción.

Y la hubo.

Dado Sforza pareció recibir una descarga eléctrica cuando dijo Muller:

—Burt Kovac ha hablado, Sforza. Fue él quien le reveló a usted que Tim

O'Connor

pasaría anoche por el sitio donde le atacaron.

Sforza juzgó que pese a sus influencias, estaba en difícil postura.

Salto pretendiendo arrebatar un arma. No era enemigo para dos policías alertas.

Lo empujaron, esposado, al igual que Lamberto y Guscio. Ordenó Muller:

—Llévenselos. Hagan el careo mientras llego.

Los dos coches policiales partieron. Señaló Muller al volante del coche de Sforza:

—Conduzca, Corbet. Hacia la ciudad.

Sentado atrás, guardó silencio. En el sillín plegable, de perfil, preguntó Bronson.

—¿Kovac?

—Un sargento alcoholizado, que empezaba a sentir humillación por sus concesiones a

O'Connor.

Reveló a Sforza que

O'Connor

traería veinte barriles de excelente *whisky* canadiense.

—¿Por qué delató a Sforza?

—Al no tener su licor, Sforza cometió una torpeza.

Creyó que podía abofetear a Kovac. Éste tuvo que encajar, porque había pistolas apuntándole. Después, bebió.

Y se ha desahogado. Va a la cárcel, pero se curará. El alcohol causa mucho daño, en cantidad. Directo e indirecto.

—Que la gente no beba, o que dejen beber libremente.

—¿Tiene la bondad de decirme dónde escondió el alcohol?

—No escondí nada de nada.

—Ésos le estaban dando el paseo. No les gusta tener rivales. Usted ha girado novecientos dólares. Y ha pedido un anillo que mañana entregarán en el domicilio de Doris. ¿Para quién es el anillo?

—Puede que para Dora.

El comisario Muller replicó secamente:

—Un poco tarde, Luke Bronson. Doris Winter ya no necesita ningún anillo... ¡Quíteme la mano de encima, Bronson! Así es mejor.

Cerró Bronson los ojos. Crispadas las manos en el volante, Corbet tragó saliva. Muller hablaba con monotonía, como pensando en voz alta:

—El alcohol mata a muchos, directa o indirectamente. Ha matado a Doris. Y el asesino es usted, Bronson.

—¡Hombre, no sea bestia! —recriminó Corbet furioso.

—Calla, Rod. Déjale hablar.

—Usted quería alcohol para vender, y Sforza también. El enviado de Sforza fue oído por Doris, que cogió la «Luger» escondida. Forcejearon. La bala se alojó en el costado de Doris. El pistolero de Sforza escapó. Acudió gente alarmada por el disparo sin silenciador. Y ahora ella está muriéndose en la clínica policial, Luke Bronson.

Sacudió Bronson la cabeza, como denegando.

Agregó Muller sin matices en la entonación:

—Una mujer que le amaba, Luke Bronson. Y que muere por diecinueve barriles de alcohol.

Bronson volvió la espalda. Sobre el respaldo del asiento delantero, juntó las manos reclinando en ellas el rostro.

Roncamente arguyó Corbet:

—Usted no tiene la culpa, jefe. Usted quiso apartarla a ella de todo el jaleo.

—A buena hora, paños calientes... —masculló Muller.

—¡Me toca hablar a mí, comisario! Mi jefe, cuando fuimos a por el anillo, me dijo que aun queriendo a Dora, la iba a dejar, porque la perjudicaba. ¡No debe pues decirle a mi jefe que él mató a su chica!

—Las verdades son siempre verdades aunque duelan, muchacho.

—¡No es justo! ¡Usted no es justo! —afirmó Corbet—. Podemos ser unos bribones, pero mi jefe tiene un cacho de alma muy grande, para que se entere usted, comisario.

—Eso no la resucitará a ella.

—¡Tampoco la resucitará el que usted le amargue el alma a mi jefe!

—Déjalo, pelanas. A su modo, tiene razón el comisario. Yo no debí... ¡Dale a fondo, pelanas! ¡Quiero verla!

Muller especificó:

—Clínica policial de Fullerton, esquina Humboldt Park.

Bronson iba recobrándose. Miró al comisario:

—Algún día saldré libre Sforza. Y tome nota. Lo mataré. Sin placa ni licencia. No le eche a otro la culpa cuando aparezca cribado Dado Sforza. Venga a por mí.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y qué más?

—¡Su maldito alcohol está en fosa carbonera en el octavo viraje de Portage a Wausan! ¡Para usted!

—Lógicamente, verías a Lamberto y a Guscio disparando.

—¡Sí! Una banda de asesinos cobardes que matan a una mujer, que aterrorizan a una pobre alcoholizada, que... ¡Eso no son hombres! ¡Ni siquiera lobos! Asquerosas hienas. Eso es lo que son.

—Y lo que tú serías, si sigues este camino. Para hombres brutos, pero de fondo sano como tú y Corbet, hay tierras de fortuna. Canadá.

—No quiero sermones. Porque puestos a reprochar también ustedes son una banda de buitres.

—Ajá —aprobó Corbet.

—¿Buitres? Aclara, Bronson.

—Deberían acudir antes, y no después. Acuden cuando hay muertos. No evitan las muertes.

—Las evitamos, si hombres como tú juegan limpio con nosotros. Cuando viste que andabas entre canallas, tu obligación era hablarme, o por lo menos, alejar lo más posible a Doris...

Chirriaron los neumáticos al tomar la pronunciada curva del Humboldt Park. Recuperó Corbet el dominio del volante. El coche se detuvo ante la verja blanca.

Minutos después, un médico informaba a Muller:

—La operación fue laboriosa, comisario. Lo lamento, pero para Doris Winter no amanecerá.

El rostro de Bronson tenía aspecto fantasmal. Si Jabeó:

—Quiero verla.

—Sigue bajo los efectos de la anestesia —rebatía el doctor.

—Es Luke Bronson —insinuó Muller.

—Ah... Entonces, pase a verla, Bronson. Ella no cesó de llamarle. Y cuando despierte, si despierta..., ya todo dará lo mismo.

Rod Corbet paseaba por la salita de blancas paredes.

De vez en cuando tocaba torpemente el hombro del que, sentado, parecía desprovisto de toda sensación, petrificado en constante contemplación de la que yacía inmóvil.

Una lividez progresiva se enmarcó en la ventana, anunciando el cercano amanecer, cuando Doris Winter abrió los ojos.

Sus labios esbozaron una mueca dolorida.

Contra su mano una voz enronquecida fue diciendo:

—Todo va a arreglarse a modo, Dora. Cuando te pongas bien, nos vamos al Canadá. Lo he prometido al comisario Muller. Palabra que sí. ¿Verdad que sí, pelanas?

—¡Vaya que sí! Resulta que por allá hay dinero a montones. En serrerías, pieles, yo qué sé... El jefe está en todo, chica.

—De camino viene un anillo, Dora. Era el de mi vieja. Será tuyo. Claro que falta un detalle. Nos casamos apenas te aguantes en pie. Conste que el anillo es oro de ley, y estoy dispuesto a ser un marido de los de oro de ley, como querías... ¿Te duele, Dora?

La respuesta fue un bisbiseo:

—Ya, no.

Tuvo Bronson que aproximar el perfil para poder oírla. Era un susurro agónico:

—Nos iremos lejos, Luke, los tres.

—Eso es. Los tres.

—Amor y amistad, Luke. Ésta es la verdadera riqueza, que no encontré hasta que apareciste con Rod... ¿Por qué llora Rod?

—¿Llorar, yo? ¡Vamos, hombre! Oiga, jefe... Vuelva a decirle todo eso del Canadá, de trabajar de firme, de la boda y tal...

—Ajá.

Doris Winter se quedó muy quieta. En total silencio. Sonreía.

—¡El médico, Rod! ¡Pronto!

Siguieron con ansiedad los gestos del médico. Meticulosamente, en auscultación fríamente profesional.

—Déjenla. Salgan.

—¡Ni hablar!

Entrando, intervino Muller:

—Déjeles quedarse, doctor.

—La paciente está bajo un extraño letargo. Sería mejor que nadie la molestase.

—Escuche, doctor, yo soy policía, y profano en Medicina. Pero tengo el pálpito de que la única medicina para ella, es el estilo tan elocuente de estos dos muchachos.

Transcurrió una hora intensa. Regresó el médico. Puso una inyección y declaró fríamente:

—Es extraño. Ha reaccionado. Antes, su organismo se negaba a vivir. Puede que ahora sobreviva. Lo dudo, aunque a veces se dan milagros...

—¡Se dan! ¡Han de darse! —vociferó Bronson.

Intervino Muller para liberar las solapas de la bata blanca. Y dijo solemnemente:

—Vivirá.

Dormitaba Corbet. Despertó al olor del café que compartían Muller y Luke Bronson. Decía el comisario:

—... Estas declaraciones firmadas, muchacho, acabarán de apabullar a Sforza. Pero habrá otros que intentarán liquidarte. Por ahora, en Chicago, no admiten los testimonios de valientes como tú. Eso es valor, Luke. Y ahora debes cumplir tu promesa.

—¿Cuál?

—Prometiste a Doris llevarla al Canadá, y casarte con ella. Ella revive, porque en su mente, tu promesa le infunde vigor. Su cuerpo tiene ansiedad de vida. La matarías si no cumplieras, Luke.

—¿Oíste, pelanas? Tenemos que ir al Canadá. ¿O te quedas?

—Usted manda, jefe. Además, con una novia como la suya, hasta yo mismo sería capaz de trabajar.

El comisario Muller abandonó la salita.

Bajando la voz, insinuó Corbet:

—He pensado en un negocio padre, jefe. Una destilería. Fíjese en la ganga. Fuera de la frontera, sin tener que meterse por ruta de plomo, fabricamos el licor, y lo vendemos.

—Se pensará. Si ella no se opone.

—Sí, claro.

—No es que yo sea un calzonazos, pero ¡caray!, si tú encontrases una chica como ella, ¿qué?

—Eso mismo. Lo que usted. Al Canadá, y si lo quiere ella a pescar truchas o cazar focas. El caso es que ella dijo algo muy serio, jefe.

—Todo lo que ella dice es muy serio. ¿Qué fue lo que dijo?

—Eso de que el amor y la amistad, era la verdadera riqueza. Esta chica suya, tiene miga de la buena. Se lo digo yo.

—Vete al piso. Vuelve con el anillo. Si el cartero no lo suelta, te traes al cartero. Con buenos modales.

—Está usted en todo, jefe.

A media tarde, en el bar de la clínica, comentó el doctor:

—El anillo que el bruto ese le ha puesto en el dedo ha mejorado mucho a su protegida, comisario. Vivirá.

—Hay medicinas que nada tienen que ver con los médicos.

Quince días después, el comisario Muller abrazaba a la que en su compartimento del tren, sonrió radiante:

—No lo sabe, señor. El dinero que usted me prestó, le dije a Luke que eran mis ahorros. Me ha escrito que adquirió, con opción de compra, una serrería.

—¿Seguro? —sonrió Muller.

—Quería montar una destilería, pero conseguí que abandonase la idea. Será como debe ser. Un hombre cabal, señor..., porque tiene amor y amistad.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pfas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

REXUS

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*